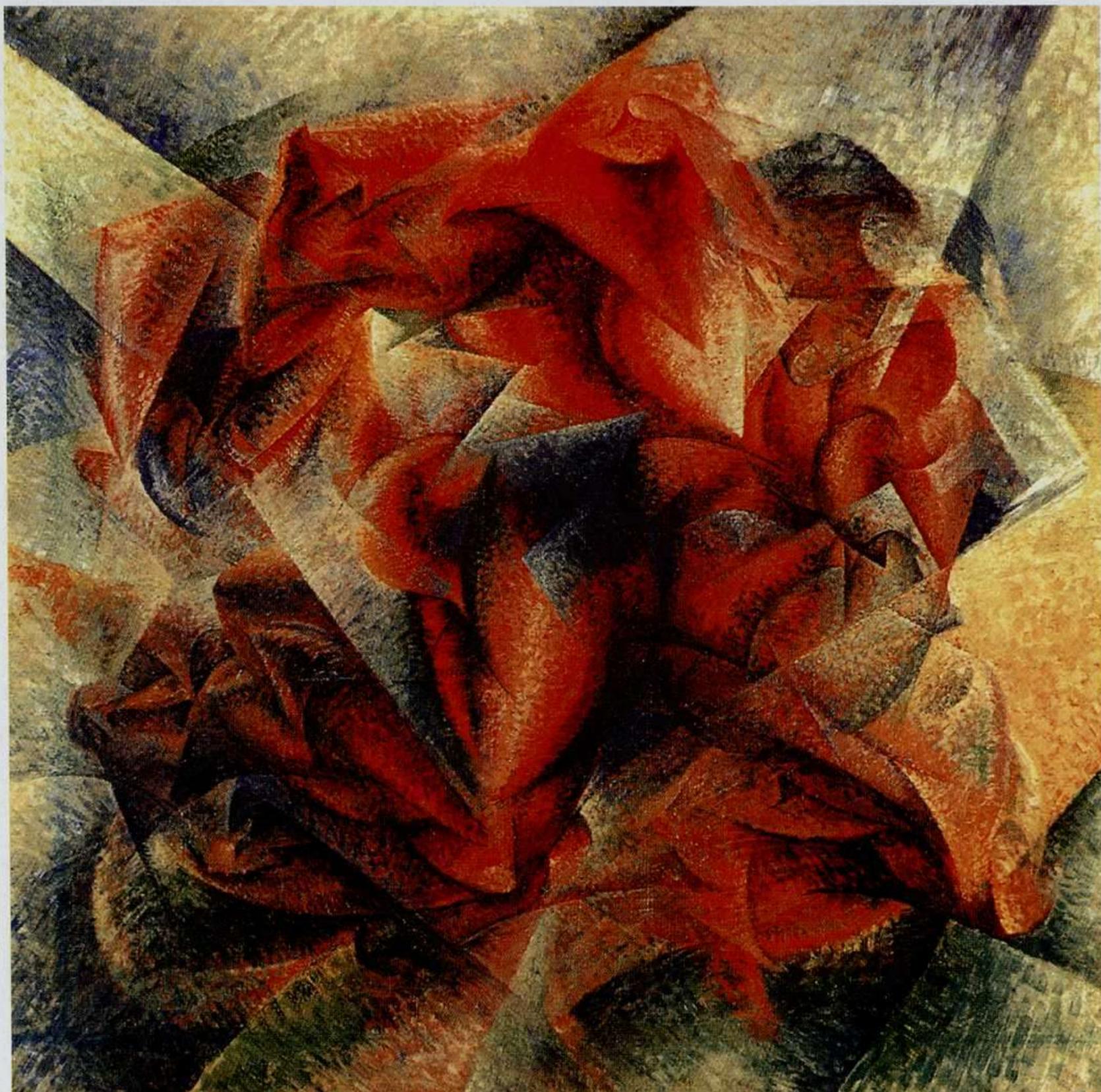


cuero



Umberto Boccioni *Dinamismo del futbolista* 1913

FOOT-BOOLL

Fernando Villalón

Si fueras puerta de campo
y yo fuera delantero
del equipo del «Cariño»
F.C., goal certero
chutaría sobre tu red,
que no pararía San Pedro,
que es mucho más que Zamora,
porque es portero del Cielo...

De *Poesía inédita* 1929

partido internacional

edgar neville

ANTES

Antes del partido hay el cosquilleo en el estómago, se tiene la cabeza llena de los elogios que se ha leído sobre el adversario. A veces nos han dicho que flaquea la defensa enemiga por la derecha, y hacia ese lado va saltando nuestra imaginación, empujando el disco, y llegando a la meta tras un claro regate.

En nuestro cerebro, y aunque uno no quiere, no hacen más que sucederse jugadas, ataques siempre.

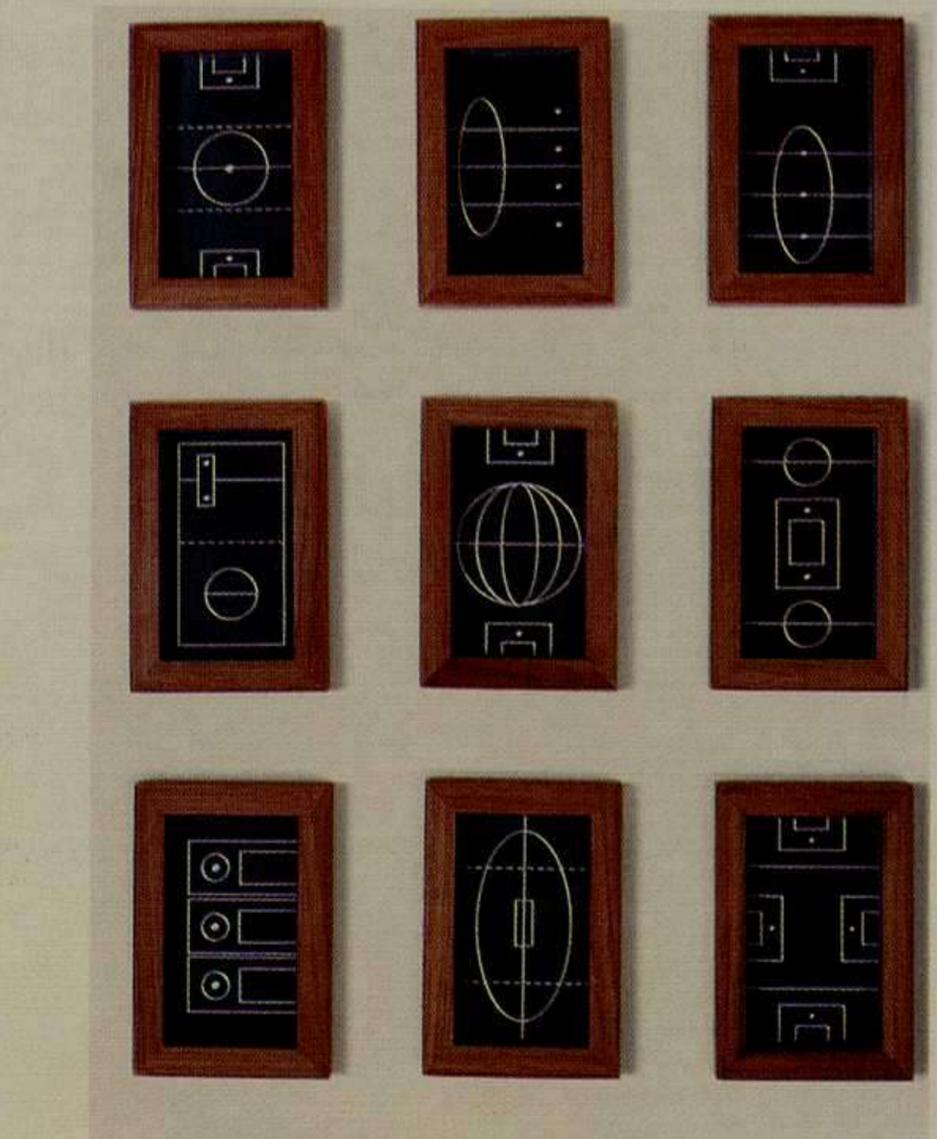
Nos vestimos lentamente en la caseta; se le han perdido los calcetines al uno; el otro no tiene cinta de empalme para el brazo; nadie sabe cómo estarán los patines, afilados a última hora.

La caseta está templada por la estufa, pero, de vez en cuando, alguien abre la puerta, y entra el terrible frío que viene de lamer la pista de hielo.

Entra el árbitro para darnos prisa; entra un periodista por nuestros nombres; entra uno de nuestros suplentes, que trae malas noticias sobre el potente chut de nuestros adversarios; no dice nada, pero se le adivina la noticia en la mirada.

LOS OTROS

El otro equipo. se viste en el cuarto de al lado; como es antes del partido, está la puerta abierta; se les ve vestirse y blindarse las piernas; todos nos pare-



Gregor Russ De la serie 72-canchas de juego 1996

cen más fuertes. Su conversación en ese endiablado idioma nos crispa.

Si alguno de nosotros supiésemos el tcheco, sabríamos sus planes.

De pronto, uno rubio, el mejor de sus delanteros, nos mira, y como no sabe saludarnos ni en francés, lanza un grito cordial, al tiempo que agita la mano.

A ese le conozco yo me dice Arche; lo encontré en la tienda de los caramelos y somos muy amigos.

Eso, en efecto, es verdad; durante los ocho días del torneo son muy amigos, se tiran por la pista de trineo juntos, se convidan a gaseosa mutuamente y hacen mucha amistad. Sólo que, sin entenderse una palabra, uno habla en español y el otro en tcheco. Pero como en ellos ha prendido la amistad, cuando se encuentran se dan palmadas en el hombro, diciendo: ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

lanzamos a la pista, cortando el frío con el disparo del resorte de nuestros músculos.

Nuestra salida a la pista es saludada con el himno nacional. Alineación, falsa seriedad, frío. Suena el himno exótico del contrario; seguimos alineados; seriedad más falsa y más frío.

A nosotros, la mayoría de las veces, nos saludan con el Himno de Riego. Sí, sí, ¡están enterados!

Se sortea el campo y nos presentan al otro capitán; la moneda al aire y se elige.

El nerviosismo nos paraliza casi totalmente.

SE EMPEZÓ

En un minuto se quita el miedo. Hemos partido los tres delanteros en un vertiginoso ataque, el frío nos ha taponado las narices y tenemos que llevar la boca muy abierta para respirar.

Llevo el disco y adelanto a toda marcha; el delantero que me marca corre

tras de mí para alcanzarme; sale a mi encuentro un defensor; he intentado regatear, porque Arche, al cual iba a pasar, estaba tan marcado por el otro defensor, que no hubiera recibido el disco. No he podido regatear; el delantero contrario, con la velocidad que le permitía el no tener que llevar el disco, me ha cortado el regate, y caemos los tres.

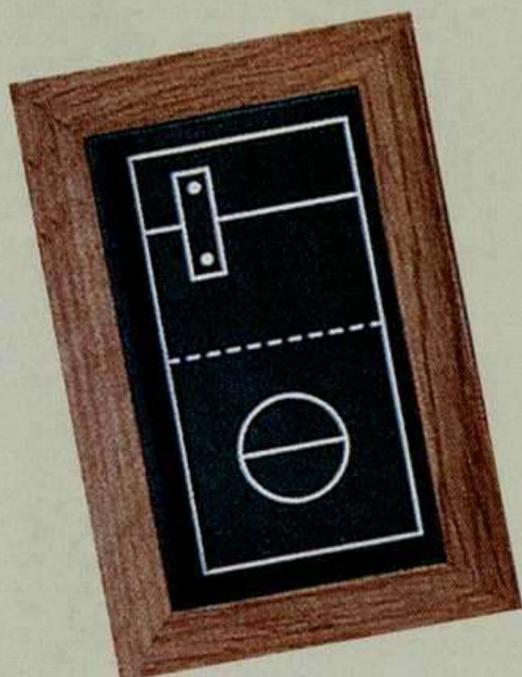
Atacan ellos, no se ahorra esfuerzo y corremos todos atrás. Marco, a mi vez, al delantero de antes; él corre en espera del pase, pero yo desviaré.

En el ataque y en la defensa, aquel delantero y yo marchamos siempre a la par; inseparables enemigos, nos vigilamos de reojo, por ver de burlarle si ataca mi equipo, por oponerse a su jugada, si los que atacan son ellos.

PELIGRO

El ataque, rapidísimo, ha llegado a nuestra puerta y chutan los tres delanteros antes de que podamos estorbarles. El portero detuvo los tiros, pero han marcado tres tantos en los sustos de nuestro corazón.

Cada cual marca a su adversario, y como la meta está cerca, hay que lanzarse ciegamente contra el que se dispone a disparar.



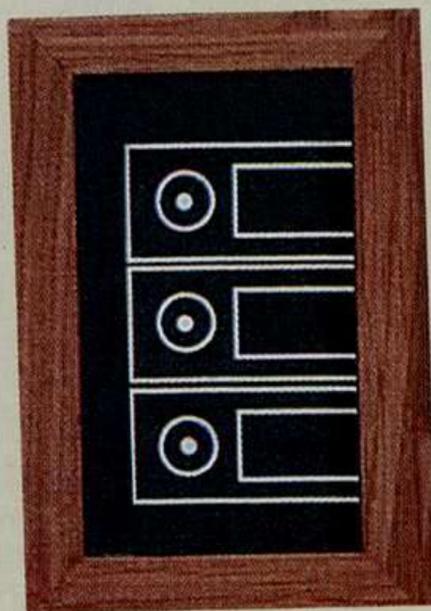
El último día el tcheco supo decir en castellano «adiós».

PRELIMINARES

Se sale a la pista cargado con el gabán y la bufanda; los patines trepidan de ganas de correr; unos hombres acaban de barrer la pista. Al público, cara al sol, se le hielan los pies, y exhalan una nubecita de vaho, en la que parece, como en las historietas, que van a aparecer escritas las palabras que dicen.

A nosotros se nos congela la parte de la pierna al descubierta, entre la rodillera y el pantaloncillo.

Dejamos los abrigo en el banco de los españoles y nos



JUEGO DURO

De repente ha comenzado el juego duro, comenzó por un movimiento de mal humor... El delantero centro, al verse arrebatado el disco dejó el mazo entre los pies de Arche.

Este se ha caído, y al levantarse protesta indignado en un idioma que no es español ni tcheco. Luego ha hecho una entrada violenta a la defensa enemiga, que ha protestado en un idioma imposible de entender.

Estoy demasiado lejos para intentar el chut; hay que tratar de pasar la defensa.

Un palo, en el patín me ha tirado al suelo, y en mi caída arrastro a los dos defensas.

En el suelo hay que evitar los patines en la cabeza.

Arche ha llegado en tromba y ha marcado el tanto.

TANTO A FAVOR

Se terminó el cansancio, el miedo y el pesimismo de una vez; con un tanto a favor se juega bien, con una alegre angustia.

Que pase el tiempo; que no marquen los otros.

LA FALTA

No había más remedio que acometer; el ataque nos había desbordado; mi delantero traía más velocidad desde su campo que la que yo podía improvisar quieto en mi sitio.

Si lo dejo pasar, se internará, y su disparo será a bocajarro.

Hay que hacerle una falta; es preciso tirarlo al suelo.

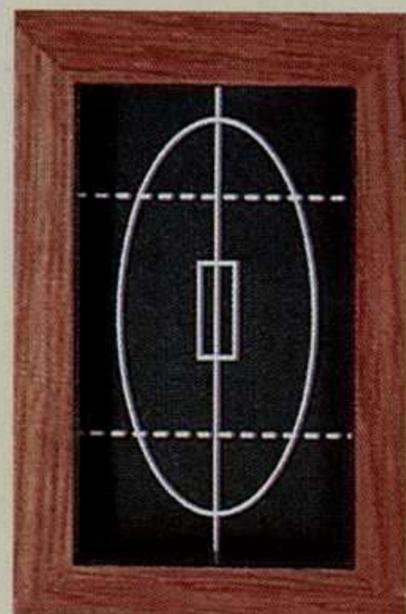
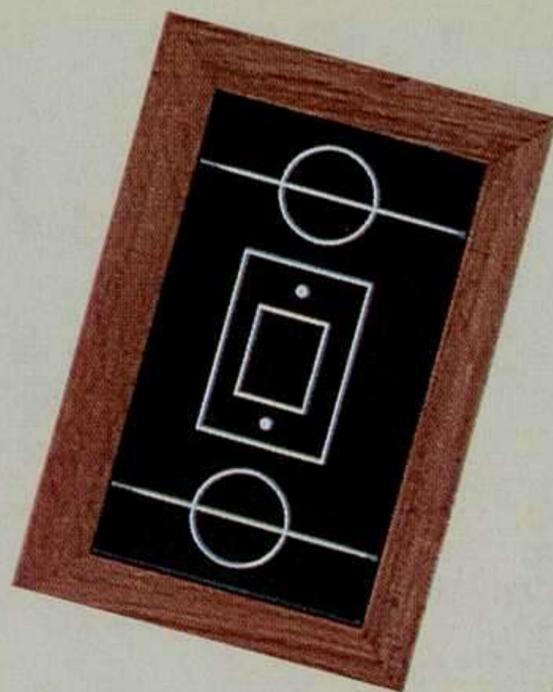
Me apoyo sobre el filo interior de la cuchilla y voy al hombre.

Resbalamos por el hielo sobre la cadera; él se queja; yo finjo un terrible dolor; cuestión de despistar al árbitro y de disminuir la cólera del adversario.

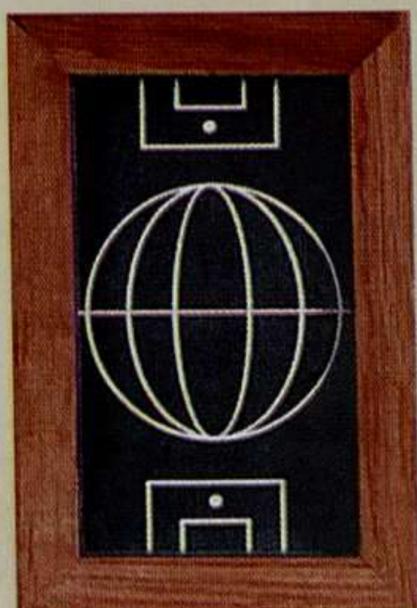
Se detiene el juego; nos recogen los compañeros; creen que todo se arregla a fuerza de fricciones. Cuando veo que el árbitro no me va a castigar, me restablezco y vuelvo a mi sitio cojeando.

OTRA FALTA

En aquel embrollo, en que cuatro nos disputábamos el disco, me han soltado un estacazo en una pierna. El do-



lor hace su aparición en ramalazo. Parece que viene por las arterias. Miramos al público, que sigue con la vista al disco y no se da cuenta de nuestro dolor. Los compañeros no se han fijado, y entonces nos quejamos y acariciamos el sitio contuso. ¡No faltaba más! ¡Que se enteren cómo se sufre!



DESCANSO

En el descanso se toma limón y sobran los abrigos que nos echan los amigos sobre los hombros.

Se entabla lentamente y se discute una jugada. No miramos al que no ha gustado. El descanso nos inunda y nos duele todo el cuerpo.

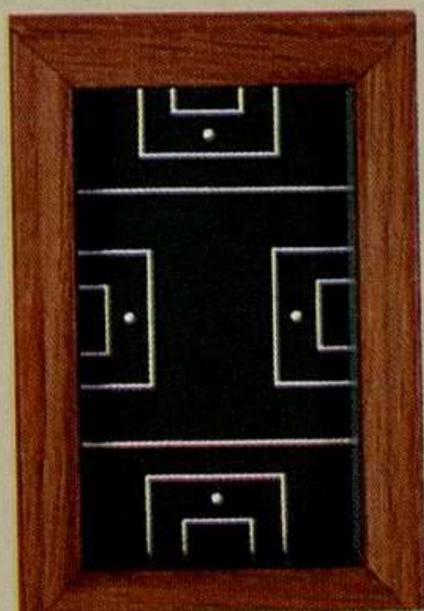
OTRA VEZ

Hemos cambiado de campo y es otro el horizonte. Esta vez jugamos contra el pueblo alto, contra el campanario y contra el anuncio del chocolate.

Se desencadena un ataque nuestro.

NUESTRO GOAL

Hemos avanzado como el viento y, llenos de inspiración, nos hemos pasado el disco tan perfectamente, que los contrarios se precipitaban en el vacío al intentar cortarlo.



He llegado, internándome frente a la meta contraria; Muguiro me envía el disco como una bala, y yo, instintivamente, remato la jugada con toda mi fuerza.

Un quinto de segundo he sido todo yo ballesta. Toda la fuerza adquirida en lo que llevo de vida la he entregado de una vez en ese momento decisivo. Y es el tanto. Con la más pura sonrisa y la más honda alegría nos volvemos hacia los compañeros, que nos abrazan, y hacia el público, que aplaude.

Desde ese momento se lucha con mayor empuje y con más optimismo. El que ha marcado un tanto juega con la satisfacción interior de saber que luego no le podrán recriminar los compañeros, porque un tanto borra muchas malas jugadas.

Cuando uno ha marcado un tanto, ya juega lo demás por sport.

El árbitro ha pitado; es el final; siempre nos ha sorprendido en plena jugada y cuando tratábamos de adivinar su desenlace.

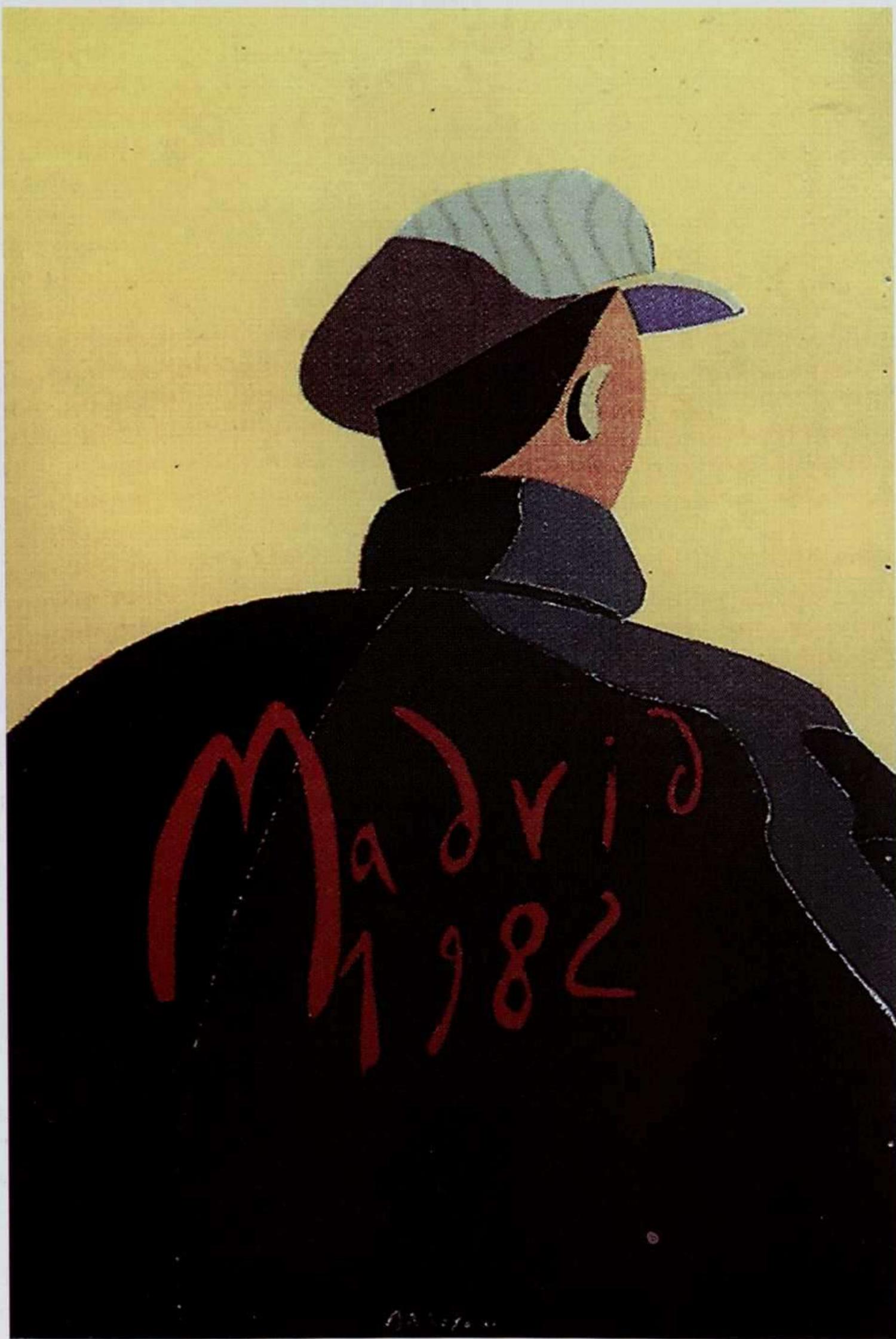
Si hemos jugado bien, estamos satisfechos, aunque se haya perdido. Si, por el contrario, se ha flaqueado, traemos la angustia prendida a la garganta.

Ellos lanzan sus burras; nosotros nuestra contraseña, y sube la bandera del vencedor mientras que nos dirigimos a dejarlo todo en la ducha, a renacer bajo sus flecos.

La Gaceta Literaria, n.º 3, Madrid, 1-2-1927



Pablo Picasso *Futbolista* 1961



Eduardo Arroyo 1982

concierto sobre la hierba

juan garcía hortelano

El partido, celebrado anoche en el Magno Estadio, había despertado, lógicamente, una enfebrecida expectación. Antes de entrar a detallar las incidencias del encuentro, deben resaltarse las magníficas condiciones acústicas de que disfrutamos los doscientos cincuenta mil espectadores y los incalculables millones de televidentes.

PROMETEDORES PRELIMINARES

Los equipos saltaron al césped, portando cada jugador de ambas selecciones un ramo de rosas para obsequiar al señor colegiado y para sus respectivos auxiliares en las bandas dos ramilletes de siemprevivas. Durante las protocolarias ceremonias de rigor, las decenas de miles de melómanos que atestaban los butacones de terciopelo de las tribunas, puestos en pie, ondearon con perfecto sincronismo, primero, las banderolas con los colores de la selección visitante, después, las de nuestra propia selección. Numerosas pancartas aparecieron en este momento, loando todas ellas las virtudes deportivas de nuestros rivales y sus valores culturales; «Llor a la patria que vio nacer a Homero y a Beckenbauer», «¡Ánimo!, ilustres discípulos de Newton y de Iríbar», «Dante, Dante, Dante», eran algunas de las leyendas que, en letras doradas, pudieron leerse en medio de vivísima emoción. Se guardó un minuto de silencio en memoria de los sabios desaparecidos recientemente y, a continuación, el director de nuestra Enorme Orquesta Sinfónica, emplazada en las gra-

das de preferencia, señaló con su batuta el comienzo del partido y de la «Tireworks Music», suite de Haendel, que era la primera obra programada.

EL PENALTY QUE EL ÁRBITRO NO VIO

Desde los compases iniciales, pudo comprobarse que el objetivo esencial de la selección visitante consistía en dominar el centro del campo, con la finalidad de enviar, bombeados, balones a las alas. El dispositivo de nuestra defensa se mantuvo firme. No obstante, aun bregando como leones, nuestros muchachos se encontraron desbordados por la precisión geométrica del juego oponente, al primer toque, y por la endiablada velocidad a que eran sometidos, de modo tal que, hasta el primer tiempo (Adagio. Allegro spiritoso) de la Sinfonía núm. 36 en «do» mayor, KV 425, «Linz», de Mozart, mediada ya la primera parte, puede decirse que nuestros chicos no comenzaron a catar cuero. Diversas incursiones en el terreno contrario fueron frustradas por felices intervenciones del guardameta, el cual, mediante un largo saque de puerta efectuado en el minuto treinta y seis, envió el esférico a su extremo izquierda, quien, internándose y con terreno libre por delante, dribló a los siete jugadores que guarecían nuestro campo, penetró caracoleando en el área grande y, coronando así una jugada individualista al antiguo estilo, lanzó un chupinazo con la zurda, de exquisita escrupulosidad en su factura, que salió rozando la cepa del poste izquierdo, al tiempo que

nuestro cancerbero se lanzaba en palomita hacia el palo derecho. De inmediato, nuestro lateral izquierda, a la carrera, acudió al árbitro, para respetuosamente exponerle que en la anterior jugada el balón había sido desviado por su brazo y ante el portal, por lo que solicitaba se aplicase el penal correspondiente, en castigo a una falta que ni el auxiliar de la banda, ni el propio señor colegiado, habían podido advertir. A tal petición se sumaron los restantes jugadores y, desde el foso, nuestro seleccionador, sus ayudantes y el masajista. Puesta la pelota en el fatídico círculo blanco y conforme el delantero centro visitante se disponía a ejecutar el máximo castigo, la sección de cuerda de nuestra Enorme Orquesta Sinfónica marró unos cuantos compases, más atenta sin duda a lo que sucedía en el terreno de juego que al pentAgrama. Fallos de este jaez, en presencia de la crítica internacional, sólo pueden ir en detrimento de nuestra reputación.

EL GOL DE LA IGUALADA

Conseguido este primer tanto, mediante un chut ante el que nuestro portero hizo la estatua, nuestros jugadores se lanzaron al ataque, sudando a modo la camiseta, y habrían conseguido el empate en una jugada magistral y fortuita de toda la delantera, a no ser porque en el instante en que nuestro interior derecha se disponía a tirar a puerta, con un ángulo magnífico, percibió que el guardameta contrario, casi desvanecido de placer sobre las redes, escuchaba, en un éxtasis inoportuno, el Minuetto de la antedicha mozartada. Nuestro interior derecha se detuvo, alertó con gestos al portero, se recobró éste precipitadamente de su deliquio y detuvo el disparo de nuestro jugador, que la verdad

sea dicha se la envió a las manos. El estadio se pobló de banderolas, aprobando tal acción. Y, con el resultado de 0-1, adverso a nuestros colores, llegamos al descanso, durante el cual en el marcador luminoso se proyectaron diapositivas de cuadros de los más famosos pintores, distracción muy del agrado de la hinchada, que, en el entretanto, reponía energías, como es usual, con canapés de caviar y sorbos de champagne. Los altavoces difundieron poemas simbolistas y los vendedores ambulantes de libros agotaron sus existencias. Puesta de nuevo la pelota en movimiento, en los primeros «Carmina burana», que entonaban arrolladoramente los componentes de nuestra Desafortada Coral, llegó el empate en una jugada sin peligro aparente y que pilló en las nubes a la selección visitante. El público, en pie, ondeó las banderolas con los colores de nuestros rivales, animándoles a que superasen semejante fallo. Y un cuarto de hora después, mientras gozábamos una delicadísima ejecución del «Canto de adolescente», de Stockhausen (en una modélica realización electrónica, original de nuestro campeón de los pesos pesados), la selección enemiga se adelantó en el tanteo, poniendo al rojo vivo el match.

BOCHORNOSO INCIDENTE

Nuestros muchachos, que recibirían como prima en caso de victoria unos curtillos gratuitos de Lógica Matemática reemprendieron un juego abiertamente ofensivo, con constantes lanzamientos a puerta, que llevó la pasión a los graderíos. Pasión de tal entidad que ocasionó el primero de los desagradables incidentes de esta segunda mitad. Un grito (sí, ¡un grito!) estentóreo de un incalificable aficionado resonó en el Magno Estadio. El árbi-

tro elogiaba a uno de nuestros defensas una tijereta de caballero, la línea media visitante grababa en sus grabadoras particulares la Cantata del Domingo 14 después de la Trinidad «Jesu, der du meine Seele», pieza que había seguido a lo de Stockhausen, y nuestros delanteros atendían a un grupo de niños de las Escuelas Primarias, deseosos de autógrafos y fotos con los campeones. ¿A quién, pues, iba dirigido ese nefando «¡¡Majaderos!!», que atronó en el silencio de nuestro Magno Estadio, en las conciencias, sobre todo, de los ciudadanos espectadores? ¿Hasta cuándo, preguntamos a nuestras autoridades educativas, se tolerará en nuestras canchas tan bochornosa incivilidad?

LA PANA

De inmediato, la Enorme Orquesta Sinfónica, a petición del público, interpretó un Réquiem y, como la violencia desata la violencia, he aquí que nuestro defensa central entró de plantillazo a un delantero contrario, dejándole revolcado en la hierba y a merced del agua milagrosa de las asistencias. El estadio se pobló de banderolas reprobatorias. Nuestro central, de hinojos, sollozando amargamente, arrastrándose a los pies del árbitro suplicó ser expulsado y, como consecuencia del libre directo con el que sancionó el director de la contienda tan execrable jugada, los nuestros se vieron en la necesidad de reparar el trancazo de su compañero permitiendo que llegase a las mallas el tercero de la tanda. Que rápidamente subió a cuatro, para continuar con un baile a los muchachos que ni que los maestros tocasen los «Valses nobles y sentimentales», de Ravel, de cuya mentada coreografía nos llegó el quinto de la serie y, ya en las postrimerías del encuentro, el sexto, encajado

el cual quedaron segadas irremisiblemente de raíz, en esta fase preliminar de eliminación planetaria, hasta las más locas y forofas esperanzas de acudir al campeonato intergalaxias. Ejecutándose, como es de ley, la Sinfonía núm. 45, «de los Adioses», de Haydn, en una melée a la salida de un córner, volvió a marrarla la Enorme Orquesta Sinfónica, provocando tal congoja en la maltrecha moral de nuestro equipo la emocional pifia tonal de la sección de flautas, que nuestros ases acabaron por perforar su propia meta. Y, mientras nuestros jugadores paseaban a hombros al trencillas, los maestros abandonaban sucesivamente sus atriles, los espectadores fortalecidos de deportividad los asientos y sólo flotaba en la limpia atmósfera nocturna del Magno Estadio el sonido de dos violines, pensábamos, con una irreprimible dosis de orgullo herido, que jamás habíamos recibido aquí, en Marte, una zurra de tales proporciones. Pero, sobreponiéndonos, nos precipitamos a los vestuarios con el fin de felicitar a los terrícolas por este 17, que los clasifica a ellos para los intergaláxicos de Venus y nos deja a nosotros en la cuneta y sin oír más música al aire libre durante el presente curso deportivo.

De *Apólogos y Milesios*,
Barcelona, Lumen, 1975

el partido de fútbol

francisco garcía pavón

El primer partido de fútbol que vi fue aquel que me llevaron el día que bautizaron a mi primo, cuando me daba el sol en los ojos. Pero ése no vale. No vi el fútbol bien hasta que me llevó papá desde el Casino con otros amigos suyos y nos sentamos en preferencia.

A los toros se iba por la calle de la Feria y al fútbol por la calle del Monte. A los toros se iba detrás de la Banda Municipal, con velocidad de pasodoble; al fútbol, como dándose un paseo tranquilo.

Hacía mucho sol. Pasó un coche cargado de señoritas... Laurita, la tía y ésas, que nos saludaron con mucha algarabía.

A los toreros los llevaban vestidos, en coche. Van pálidos, con la cara seria. Los futbolistas —esto me sorprendió— iban de paisano, sin corbata, a pie, seguidos sólo de algunos chiquillos. Piñero, el pescadero, que era el gran delantero centro, iba en bicicleta de carrera por medio de las eras. Ricardo y Blas, que eran señoritos, en automóvil.

La gente iba a los toros congestionada, con los ojos bailando, buscando grandes sangres. Con vino y merienda... Al fútbol iban así como a tomar el sol, con idea de ir luego al cine... «por matar el tiempo». Eran grupos desleídos, calle del Monte arriba, sin mujeres, sin mantones, ni coches, ni caballos. (Cuando no se emplean caballos para ir a las casas, todo es aburrido, ésa es la verdad.)

El fútbol hace bostezar a los sanguíneos porque no había caballos. ¿Qué iban a hacer los caballos en el fútbol, si eran hombres los que trotaban? Tampoco ha-



Zepf 1925

bía heroica bandera nacional, como en los toros. Y es que, como decía el señor veterinario, que era reaccionario, «el fútbol es natural de los ingleses, que gustan de cansarse corriendo detrás de las cosas inútiles y sin argumento». Los españoles prefieren los toros porque en ellos hay algo «práctico», hay drama.

Ya en el campo, nos sentamos en preferencia, que era primera fila a la sombra, como si fueran palcos de teatro. Detrás de nosotros estaban las gradas (clase media, honrado comercio y empleomanía). Enfrente, en general, al sol, la gente de la calle o vulgo, enracimados, detenidos por los palos que les apretaban la barriga. Era gente que daba lástima, siempre voceando, agarrada a aquellas maderas. Y como condenados, mentaban a cada nada a las madres de los «visitantes».

Me gustó mucho cuando salieron al campo, corriendo en hilera, los dos grandes equipos manchegos. El nuestro, merengue, y el Manzanares, de colorines. Salían con los puños en el pecho, a paso gimnástico, los calcetines muy gordos y los uniformes muy limpios... Parecía que todos tenían las rodillas de madera, menos el portero, que llevaba en ellas unas fajillas... y en la cabeza una gorra de visera. Las botas también parecían de madera, sin desbastar.

En el palco de al lado estaban Laurita, la tía y ésas, que reían mucho y hablaban de que algunos futbolistas eran muy peludos.

También fue bonito cuando echaron la moneda al aire y se dieron la mano. Y la hermana de Pablo, la guapa de la perfumería, le dio una patadita al balón y reía mucho. Le dieron flores y vino tan contenta. (La masa o plebe le dijo muchas cosas de sus cachos y no sé si de sus mamas o mamás, que no entendí.) Tocó el pito uno con traje negro —árbitro o *refrer*, no lo sé bien— y empezó la función, que consistía en correr todos para allá detrás de la pelota. Y de pronto todos para acá. Sólo se miraba hacia un costado del campo cuando había saque de línea, que es muy bonito, porque el que saca hace como si se estirase muchísimo, y echa el balón a la cabeza de un camarada.

Sobre nuestras cabezas pasaban las voces de la gente, que parecía mandar mucho sobre los jugado-

res, aunque éstos yo creo que no hacían caso.

—¡Montero, corre la línea!

—¡Ricardo, que es tuya!

—¡Arréale!

Como corrían para allá y luego para acá, el público lo que tenía que hacer era lo mismo: volver la cabeza para acá y para allá. Y daba gusto verlos a todos como si fueran soldados: «vista a la derecha, vista a la izquierda». Y muchos le daban así a la cabeza mil veces, sin dejar de comer cacahuetes, como monos locos, que masticaban, escupían y siempre se arrepentían de mirar hacia donde estaban mirando.

A los porteros se les vía metidos en el marco grande, como figurillas de un cuadro descomunal, agachados, con las manos en los muslos, mirando los cuarenta pies que corrían detrás del balón..., que es una pelota cubierta con piel de zapato con cordones y todo.

El de negro —árbitro o *refrer*— corría también para uno y otro lado, pero con carreras muy cortas, sin fuerza. Toda su potencia estaba en el silbato, que cuando se enfadaba por algo lo tocaba muy de prisa y muy fuerte. Y cuando estaba contento daba unas pitadas largas y melancólicas. Cuando pitaba muchísimo y levantaba los brazos porque no le hacían caso, la plebe o vulgo de sol le decía los máximos tacos del diccionario: el que empieza por C, el que empieza por M y el otro de la madre.

Los que me parecieron más inútiles fueron los jueces de línea, que estaban la tarde entera corriendo el campo, sin hacer otra cosa que levantar la banderita cuando la pelota se sale, como si los jugadores no se dieran cuenta de que no había pelota tras la que correr.

Cuando jugaban cerca de nosotros —sombra, sillas de preferencia, señoritos—, se oían muy bien los punterazos que daban al balón, el resollar de los jugadores y el rascar de las botas sobre la arena y, sobre todo, lo que decían:

—¡Aquí, aquí, Muñoz!

—¡Centra!

—¡Maldita sea!

Al final del primer acto los jugadores parecían muy cansados. Llevaban los uniformes empapados en sudor, con refregones de tierra. Unos cojeaban, otros masticaban limón, otros llevaban pañuelos en la frente, y todos las greñas sobre los ojos. Tenían aire de animales muy fatigados, que no miraban a nadie, e iban como hipnotizados, como caballos de noria tras el balón, que parecía pesar más, trazaba curvas más cortas y, sobre todo, se iba fuera a cada instante.

Cuando se hacía gol, y se hizo muchas veces —no me acuerdo quién ganó—, los futbolistas del equipo que metía el gol se abrazaban fuertemente, como si fuera la primera vez que les ocurría aquello en la vida. Los que recibían el gol no se abrazaban, sino que volvían a su línea con la cabeza reclinada y dándole pataditas a las chinas, muy contrariados.

Al acabar el primer acto, todos iban a la caseta descuajaringados, y les daban gaseosas, y se echaban agua, y resollaban.

Todos los hinchas y directivos iban a la caseta, así como el cronista local, *Penalty*, para mirar a «los chicos», que no hablaban, que sólo hacían que mirar con ojos de carnero y tomar gaseosa.

El segundo acto fue muy aburrido. Todo el mundo estaba ya cansado de mirar a un lado y a otro. El balón, sin fuerza,



iba y venía a poca altura; a veces se quedaba solo, se iba fuera y así todo el tiempo.

Los espectadores hablaban más entre ellos, contaban chistes. Los de mi palco hablaban con la tía, Laurita y ésas; les daban caramelos y reían mucho. Y hablaban de ir al cine o hacer baile en una casa, que era lo bueno.

Cuando se puso el sol, los de general parecían más pacíficos.

El árbitro casi no se movía: se limitaba a pitar. A veces hacía unas pitadas largas, tristísimas, como las de las locomotoras a media noche.

Lo único impresionante de aquel segundo acto fue el penalty. Dejaron al pobre portero solo, destapado, y un enemigo, desde muy cerca, le dio una patada tan fuerte al balón, que el pobre portero seguía esperando el tiro cuando ya hacía mucho rato que el esférico descansaba en el fondo de la red. El portero se enfadó mucho y tiró la gorra contra el suelo y echó el balón al centro del campo de mala gana.

Yo estaba tan aburrido, que empecé a pensar en mis cosas: en el colegio, en Palmira, en los bigotes del general Berenguer, que vi en la portada de *Crónica* —«Un general que va a deshacer lo que hizo el otro general», que dijo mi abuelo—, y el Somatén, que ya no iba a desfilar más por las calles, según me dijeron... También pensaba en no volver al fútbol más en mi vida, porque no le veía argumento.

Cuando salimos, casi anochece. Hacía fresco. La tía, Laurita y ésas habían decidido no ir a ver la segunda jornada de «Fanfán Rosales» e irse a bailar a la sala del piano de casa del abuelo.

La gente salía con ganas de andar. Los jugadores, derrengados, iban sin corbata, muy colorados. El jugador que cayó al suelo y empezó a retorcerse mucho con las manos en semejante parte y que hizo reír tanto a las señoritas, a pesar de que decían: «¡Qué pena!», salió cojeando, hecho, una lástima.

En el automóvil tuvimos que ir muy despacio entre el gran gentío que caminaba con las manos en los bolsillos. Emilita, la hermana de Pablo, repartió las flores del ramo que le dio el capitán entre los hombres, y a mí me dio un beso. Dijo que eso era a mí solo. «Vosotros, claveles, claveles.»

A mis amigos del colegio, los que eran tan aficionados al fútbol, los pasamos con el automóvil. Iban tan ofuscados, que no me vieron. Hablaban todos a la vez, y Manolín, delante del grupo, imitaba a un jugador en no sé qué pase... Aunque los llamé, no me oyeron, que así eran de aficionados.

Cuando llegué a casa, rendido, me llevé la gran sorpresa de que el abuelo había vuelto de Valencia y me estaba esperando con un mecano que me había comprado en la plaza de Castelar. Como tardaba, se había hecho ya un puente colgante con muchas varetas rojas y verdes.

Me dieron de merendar y me puse a jugar con el mecano, mientras el abuelo explicaba a papá que en Valencia se respiraba república por todas partes y que en casa de Llavador había visto bordar a las «chiquetas» una bandera tricolor.

De *Cuentos* (1), Madrid, Alianza, 1981

la soledad y el veneno

álvaro pombo

A los dieciseis años, en el colegio, tuvo un gran entrenador de atletismo, ese entrenador le enseñó que el atletismo es una manera de ser. Se especializó en correr los 1.500 metros, sorprendiéndose a sí mismo. En dos años se vio capacitado para bajar su record de 4 minutos 20 segundos a sólo 4. Era una joven promesa del atletismo español. Vivió ese proyecto con religiosa dedicación: era mediofondista. Su victoria era fascinantemente interior: mejorar su marca uno o dos segundos tenía toda la precisión, todo el fulgor que tiene para un poeta escribir una línea certera. Acudía con su equipo de juveniles a las competiciones. Y la sensación de soledad consigo mismo, con su esfuerzo, con sus victorias, era tan poderosa que volvía irrelevantes, accidentales, los escasos aplausos que, afuera, en unas remotas gradas, le dedicaban unos cuantos conocidos. El verdadero premio, el verdadero aplauso, es el acto mismo de correr. Fue a los campeonatos de España para juniors. El día de su victoria, al hacer 3 minutos y cincuenta y seis, se sintió repentinamente solo, contra su propio tiempo, contra su propio cuerpo, contra su vida, herméticamente cerrada en victorias sin eco y sin afueras. Entonces fue cuando empezó a contemplar con creciente envidia los partidos de fútbol. Leyó en alguna parte: «Un comunista nunca está solo». Y pensó: «Un futbolista nunca está solo». De pronto, esta evidencia de la comunidad del equipo y de la comunidad de los hinchas del equipo, se inflamó vertiginosamente en su alma: ¿Quién desea vencer sólo ante sí mismo?

La sobriedad de los records olímpicos le resultó insípida de pronto. Vio en el fútbol la intersubjetividad pura, cálida, la victoria cantada, reconocida, donde él se diluiría como una parte resplandeciente, junto con todos sus compañeros de un equipo victorioso. El fútbol le sacaría de sí mismo. El paso de atleta a futbolista fue fácil, muy pronto le fichó el Real Madrid B. Oyó su nombre por los aires. Jugó de extremo izquierdo y logró goles brillantísimos: el sabor colectivo de la victoria, la tempestuosa victoria del Bernabéu y de los grandes estadios del

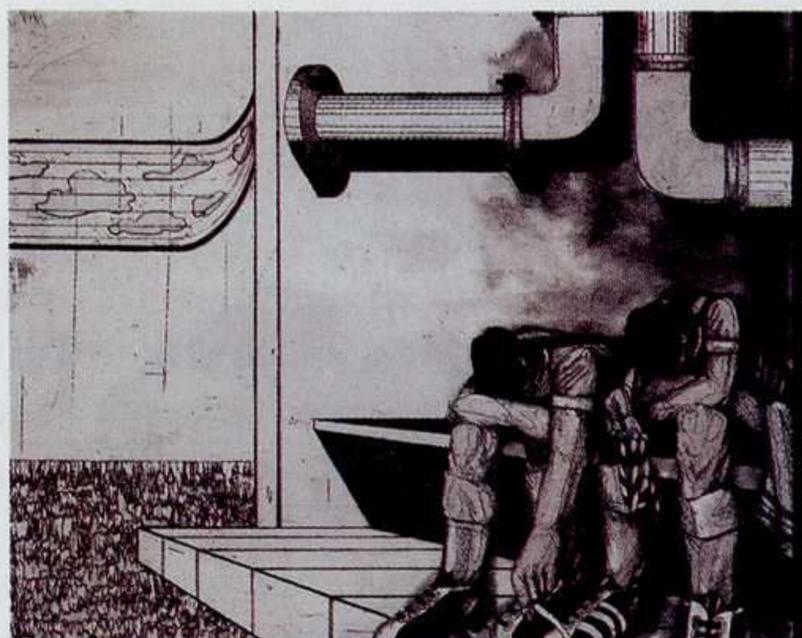


Salvador Dalí

Retrato de Jaume Miravittles
como jugador de fútbol 1921-22

mundo. Era a los veinte ya una gran figura. Entonces fue cuando entre todos empezaron a desfigurarle. Las victorias empezaron a envenenarse con las cifras de sus fichajes, y las derrotas empezaron a envenenarse con la envidia y las disculpas. Ahora era figura, pero no se reconocía. Se convirtió en un negocio para pelotear de club a club. Había empezado la más amarga de todas las soledades: la desfiguración de la subjetividad real. Le compraban y recompraban por millones y millones, y no encontraba ningún lugar donde acordarse de sí mismo.

De *ABC Literario*, Historias de fútbol.



Joachim Palm *Fútbol* 1971

tardes de fútbol

juan perucho

Mi padre era socio fundador del Fútbol Club Barcelona y su gran ilusión era contagiarme su afición. Compartía un palco con unos amigos y me llevaba siempre con él. Recuerdo esos domingos muy vivamente, porque su empeño generaba pequeñas tragedias domésticas. Teníamos, por supuesto, que comer más pronto de lo habitual, todo parecía acelerarse, y mi madre siempre tenía «la mosca en la nariz»...

Cuando acababa el partido, muy temprano, me reunía con mi madre y mi hermana en el teatro. Naturalmente, siempre veía la función a medias, lo que acentuaba mi irritación y hoy día no tengo ninguna afición, pese a que el afán de mi padre supusiera que yo estuviera contemplando fútbol de manera constante. Creo que esa misma insistencia, esa reiteración, fue la culpable, pues me provocó, si no aversión, sí una absoluta indiferencia que no he podido ni querido superar, y jamás he participado de ansia futbolera alguna.

De *ABC Literario*, Historias de fútbol.

FÚTBOL MODESTO

Leopoldo de Luis

Desmontes amarillos bajo el sol del invierno
que pone su piedad, su tibieza, en las cosas,
que arranca falsas luces de los vidrios verdosos,
diamantes de un fantástico sueño por el que cruzan
heridos perros de esperanza y pena.

Delgados muchachitos,
pálidos obrerillos con sus botas, gastadas,
bajo sus trajes grises, que van a hacer deporte
o a aprender que ellos mismos son un balón doliente
que a puntapiés manejan los grandes jugadores de la vida.

Mañanas de domingo. La carne fatigada
bosteza lentamente su cansancio remoto.
Una humilde ilusión, como el rayo en los vidrios,
arranca de las almas llamitas de alegría.

Bota el cuero cosido de esperanza,
hinchado con un aire de esperanza,
de risa triste, de ilusión oscura.
Colores desteñidos que nunca se asomaron
al sol de los estadios
van, vuelven, corren las camisetas, buscan,
persiguen una esfera del color de su sueño.

Ascienden desde el pozo insondable del tiempo
las horas como sombras, los trabajos,
la pena, la miseria, la modesta comida
en los platos heridos, sobre el hule,
el fondo de la sórdida galería, la cama
donde se rinde noche a noche el hueso
abatido de llanto silencioso y sin lágrimas.

Asciende aquí el cansancio,
el destino que, sordo, va cumpliendo sus suertes,
la niñez mal cuidada, la escuela pobre, el fuego
del brasero amparando a la familia.

Todo llega al solar del domingo, confuso,
ceniciento, remoto, en el cuero que bota,

entre los desvaídos colores de la blusa,
y se enreda en las piernas que persiguen
ese balón con forma de esperanza.

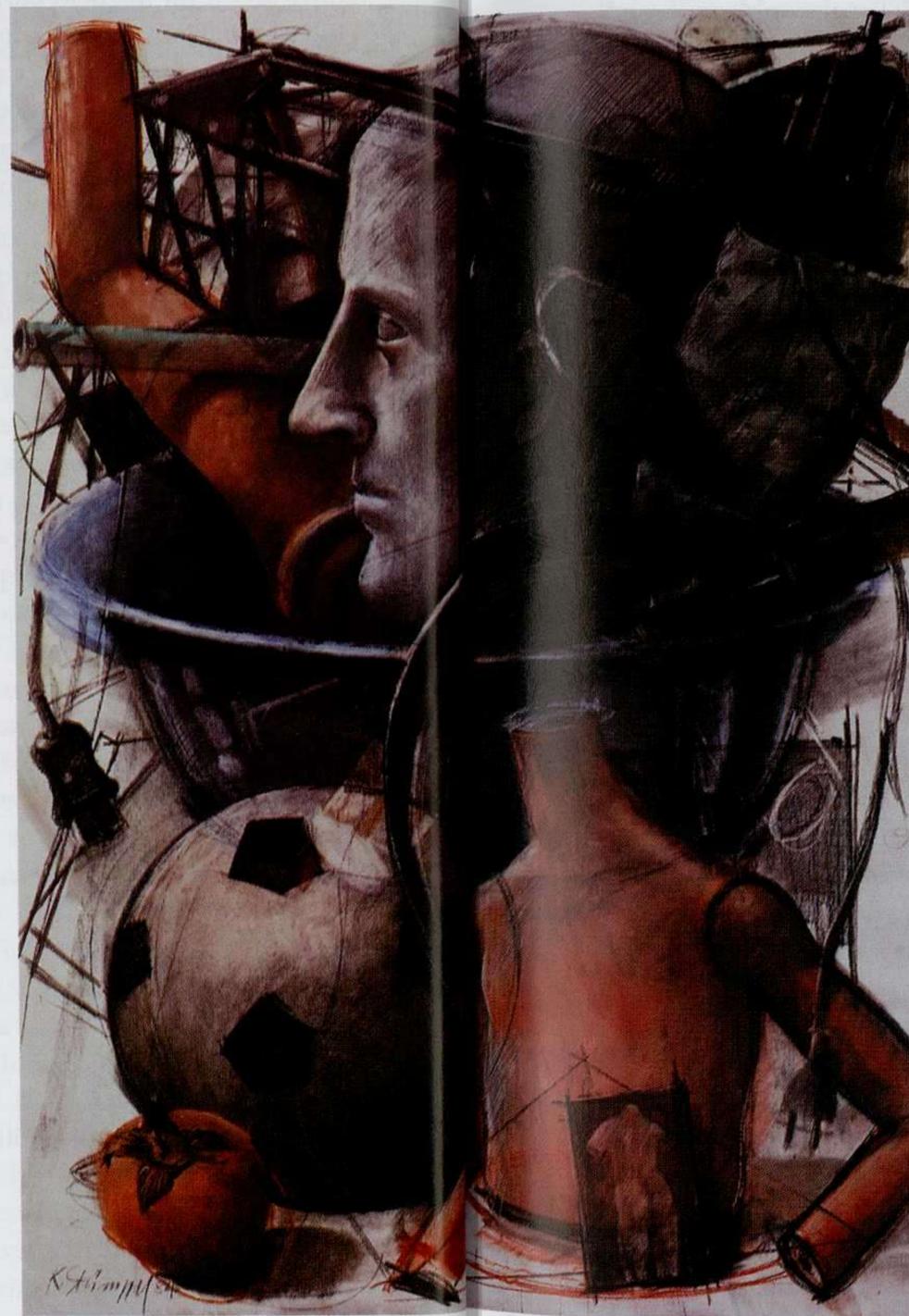
de *El árbol y otros poemas*, 1954

los nombres justo navarro

Henry James copiaba nombres en sus cuadernos: apellidos para sus personajes. Y repetía los nombres en voz baja, como cantando. Vallance, Scruby, Gentry, Burtterton, Bosco, Hoyle, Gole, Morrish, Bray: de los nombres iba surgiendo una novela. El fútbol es la música de los nombres de los futbolistas. Antes de que la televisión volviera reales a los futbolistas, los futbolistas eran nombres que se oían por la radio, que se leían en el periódico: una música, la música de las alineaciones y los goles radiados.

Me acuerdo de una noche en un bar de Málaga, hace unos cinco años: una antigua estrella del fútbol apareció en la barra, ser nocturno y fantasmal. Había estado en la cárcel por unos cheques, o eso contaron los periódicos, iba perfectamente vestido, pero descalzo. Había sido una estrella, yo lo había visto jugar con mi amigo Juan Vida, y para mi amigo le pedí que me escribiera su nombre fabuloso en un papel. Me miró como si yo fuera un ser de otro mundo, el mundo olvidado de los grandes estadios. Me firmó, dobló el papel, me lo dio, se bebió la copa y se fue. Ya me imaginaba la cara que pondría Juan Vida cuando recibiera el autógrafo del ídolo. Abrí el papel: la firma, el nombre mágico de la estrella del fútbol era una línea vacilante, ni recta ni curva, débil, nada. No era nada: como los sueños.

De *ABC Literario*, Historias de fútbol.



Klaus Stämpel 1984



Hugo Marín *El sueño del futbolista 2000*

una temporada olvidada (*manual de nombres*) enrique vila-matas

No hay para mí otra temporada de fútbol más imborrable y emocionante que la de 1957-58, que terminó con el desembarco —cargado de futuro— de Helenio Herrera en el Barça y el descubrimiento de Pelé en los Mundiales de Suecia.

Para mí no hay una temporada igual, tal vez porque fue a lo largo de ella cuando descubrí el fútbol y me hice socio del Europa, el equipo del barrio (hoy renaciendo de sus cenizas, lo que me alegra mucho) y del Barça.

Imborrable temporada de finales de los cincuenta, que hoy contemplo a través de este breve manual de nombres del balompié de aquellos días.

Manual a bote pronto. Y emocionado recuerdo de aquellas antiguas tardes de balompié: tardes enteras pasadas en las canchas.

Amador. Este interior izquierda jugaba en Segunda División con el Deportivo de La Coruña de aquellos días. Había venido a sustituir a Luisito Suárez, ya en el Barcelona. De aquel Dépor de Segunda me acuerdo de algunos nombres que para mí aún no han caído en el olvido: Otero, Polo, Ruiz, Mourelo y Tino.

Badenes. Con sus diecinueve goles, este jugador del Valladolid no pudo evitar que, junto al Jaén, descendiera su equipo en esa campaña del 57-58. Badenes, que era internacional, compartió esa temporada, junto a Di Stéfano y el valencianista Ricardo, el liderato de los goleadores de una Liga que ganó —fácilmente— el Real Madrid.

Gáinza. Fue la última temporada —como sucedió también con Basora— que este mítico extremo izquierda del Athletic jugó la Liga. Al final de la temporada, se retiró en el partido de homenaje; el popular «Piru» recibió, de manos del periodista Carlos Pardo, un regalo de Kubala, que demostró así no tenerle rencor alguno al estadio en el que había sido lesionado gravemente.

Garrincha. Mi jugador favorito de todos los tiempos. Para mí el mejor de todos. Fue campeón del mundo en Suecia. No ha habido nunca una delantera como ésta: Garrincha, Didí, Vavá, Pelé y Zagalo. Murió al caerse de la cama, tras una borrachera brutal.

Hermes González. ¿Qué habrá sido de este misterioso jugador paraguayo de nombre hermético y apellido corriente? Si alguien lo sabe, y lo digo muy sinceramente, que me escriba, por favor. Hermes González llegó esa temporada al Barça, pero apenas jugó —lo hacía de extremo derecho, como yo en el colegio—, y a la temporada siguiente fue al Oviedo, donde no convenció. Después le perdí el ras-

tro, y así hasta ahora. Le recuerdo mucho porque pasé toda aquella temporada queriéndome llamar Hermes.

Kaszas. No confundir con Kocsis. Llegó a mitad de la temporada, recomendado por Kubala. Llegó como llegaban tantos húngaros. Huyendo del Telón de Acero. Por aquellos días daban en Barcelona *Rapsodia de sangre*, de Isasi Isasmendi sobre la rebelión antisoviética en Budapest.

Vicente Parra hacía de húngaro y, viendo la película, a mí me pareció que se parecía mucho a Kacsas.

Campanal. Se hablaba mucho del juego violento de este central del Sevilla, pero hay que dejar bien claro que este jugador era un auténtico atleta, de una nobleza extraordinaria. Entraba al balón y, si alguna vez había hecho daño a alguien, era tan sólo debido a su excepcional fuerza y condiciones.

Delibes. El novelista vallisoletano se ganaba la vida, entre otras cosas, como cronista de fútbol y escribía en *Vida deportiva*, una revista de Barcelona, reportajes sobre los partidos que tenían lugar en Zorrilla, el campo de fútbol de nombre literario del Valladolid de Badenes.

El 10 de noviembre del 57, el premio Nadal, bajo el pseudónimo de Miguel del Seco, escribía acerca de la visita del Barça al Valladolid:

«Ambos equipos derrocharon entusiasmo, salieron con ganas de triunfar. Esto dio al match un tono vibrante y apasionado, que se tradujo en ciertos excesos de la defensa violeta cuando mandaron los azulgrana y en ciertos excesos de la defensa azulgrana cuando mandaron los violetas.»

Di Papirone. Así llamaba Gonzalo Suárez («Martin Girard») a Di Stéfano en *Los once y uno*, la novela sobre fútbol hoy inencontrable; poseo un ejemplar del que es-

toy más que orgulloso, publicado por Ediciones Rondas y que se iniciaba con una cita de Jenofonte escrita para mayor honra y gloria de don Hache Hache, Helenio Herrera, el padrastro de Gonzalo Suárez, el novelista, entonces más conocido por su pseudónimo de periodista deportivo: Martín Girard.

Franklin. El portero del Ferrol, un equipo que, al igual que el Caudillo, gozaba entonces de mejor salud que la actual; lo paraba todo, pero a pesar de su apellido nunca nadie —cosas de la época— se atrevió a llamarle «pararrayos».

Murillo. Era un goleador interesante. Jugaba en el Zaragoza. En esos días aún faltaba mucho tiempo para que naciera mi amigo Pardeza. El Zaragoza de esa temporada se reforzó con Wilson, Vila, Lara, Trujillo, Aitor, Pepe Luis, el portero Joanet y Murillo. Sólo estos dos últimos cuajaron plenamente. El entrenador era Quincoces. Faltaban seis años para que el entrenador fuera Luis Belló, que es el suegro del escritor Ignacio Martínez de Pisón.

Querejeta. El conocido productor de cine era interior de la Real Sociedad y llegó a jugar en el Camp Nou, donde su actuación mereció estos comentarios: «A la misma altura del otro interior, de Lacalle, aunque tal vez más activo y bullicioso que aquél». Ese día la Real se defendió con una tenacidad impresionante.

Eran los tiempos del famoso «cerrojo», eso que ahora llaman poner el autobús delante de la portería. Jugaba de falso extremo, era un defensa más un tal Alkiza, que yo sospecho que es el padre del actual jugador de la Real Sociedad.

De *Diario 16*, 18-V-1994

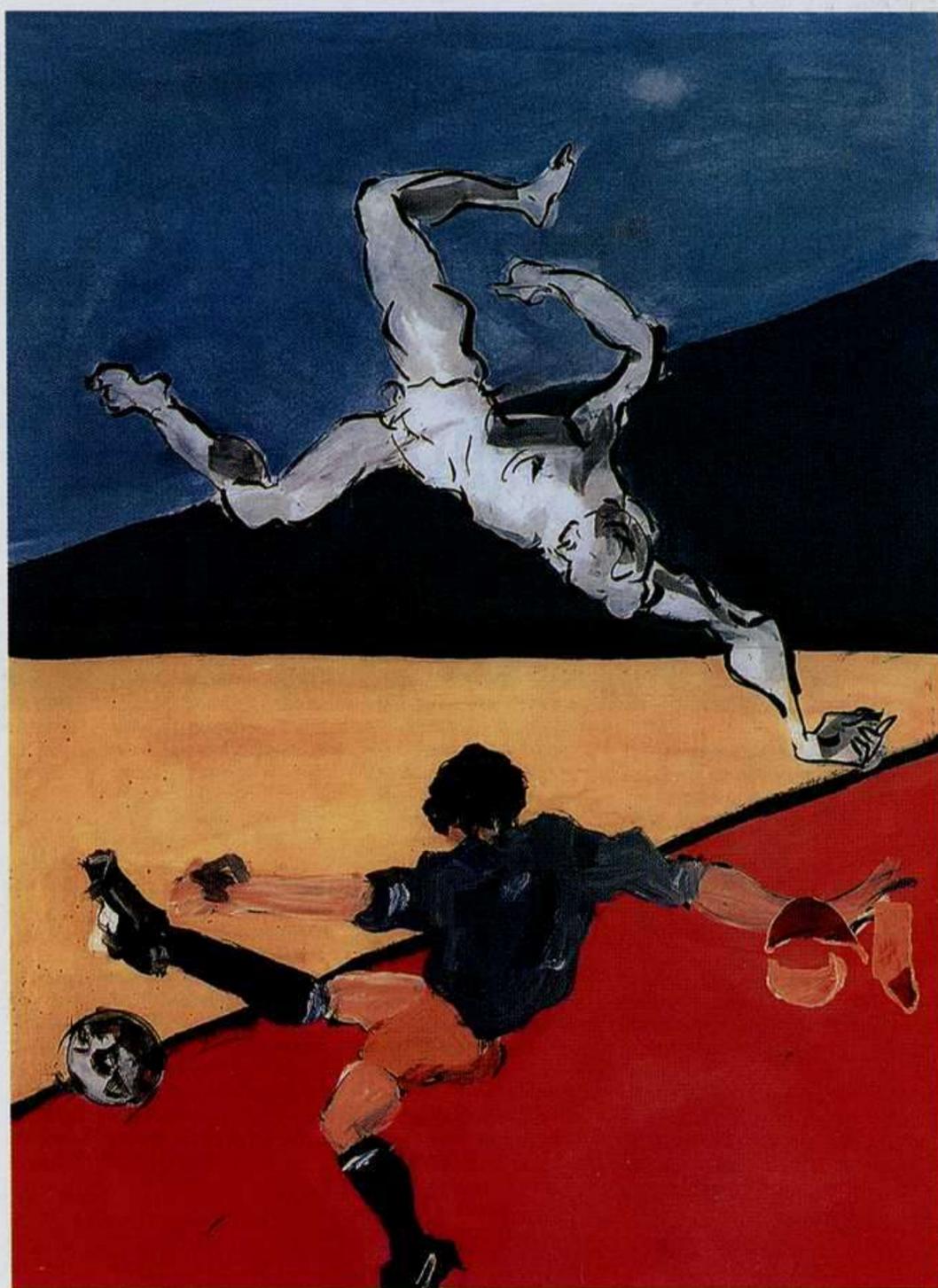


Joan Brossa *Fútbol* 1986

GOZO DE LA CALLE

V. A. Estellés

La alegría pura de la calle
nos colmó las manos de tiernos puñados de agua,
y nos reíamos, bobamente nos reíamos,
y en todos nuestros músculos estaba el agua viva del gozo
venida entre las hierbas y las liebres.
Íbamos sin ningún motivo,
deseando buena noche al matrimonio viejo,
y oprimiendo nuestros cuerpos calladamente al ver
a aquella joven madre
dando la teta al hijo.
Vivir nos era un regalo,
un jilguero de barro con dos plumas pintadas de colorines,
un cabalgar corceles de cartón, amarillos y verdes,
como en una sardana de juguete,
haciéndonos señales, diciéndonos: «¡Adiós, adiós, amor! ¡Nunca te olvidaré!»
La vida nos era una sorpresa,
una rana viva en el bolsillo,
una cúpula enorme de cristal,
un silencio, un deseo rápido, un
estupor,
un reloj detenido, que Alguien nos
había
dado para que al fin lo pudiésemos
abrir
como desde niños queríamos,
y no tenía nada interesante dentro.
¡Y nos volvimos a reír!
El tiempo estaba en el aire. Y
alargamos las manos
buscando puñados de tiempo. ¡Pero
el tiempo tampoco estaba allí!
Nada más era la alegría de la calle.
Y los gritos
—¡«Gol»!— los niños que jugaban
al fútbol, al salir de la escuela



Martin Lersch *Prometeo* 1997

TEMPUS FUGIT
Miguel D'Ors

Lo dijeron Horacio y el Barroco:
cada hora nos va acercando un poco
más al negro cuchillo de la Parca.
¿Qué es esta vida sino un breve sueño?

Hoy lo repite, a su manera, el Marca:
en junio se retira Butragueño.

10-XII-94

De *Hacia otra luz más pura*, Sevilla 2003



FUTBOLISTA

Abel Feu

Si lo hubiera sabido, futbolista.

Un deportivo hortera y una rubia
todavía más hortera a la salida
de los entrenamientos. Un pendiente
en la orejita izquierda y el flequillo
tenaz que cae y cae sobre mis ojos
y yo aparto —¡qué tío!— con ese gesto
que hasta imitan los niños...

En fin, vida
vidorra, anuncios, goles, entrevistas,
vaya mansión, autógrafos y etcétera...

Lo juro: futbolista. No estos versos
ramplones y prosaicos. No estos años
cabrones. Ni las suposiciones. Ni esperar
a que nunca pase nada...

Y no, ¡no!
Poeta, no, ¡no!, no poeta sobre todo,
cualquier cosa antes que este camelo
que mira a lo que lleva: a lamentarse mucho
de uno mismo, a exhibir trapos sucios,
a este strip-tease grotesco, qué vergüenza.

whisky en el estadio

juan luis panero

Asistí a mi primer y último partido de fútbol cuando tenía, aproximadamente, ocho años. Fue en un estadio desaparecido hace mucho tiempo: El Metropolitano, en Madrid.

Fui con mi padre y un millonario cubano de origen español a quien mi padre había conocido en La Habana. El millonario tenía una especie de secretario que con bastante frecuencia les servía un extraño líquido en dos copas —con el tiempo me daría cuenta que era whisky—. A mí me trajo una gaseosa caliente.

Después de tan prometedores inicios, abandoné para siempre la militancia futbolística. Además —equivocadamente— la asocié a España y al franquismo, hasta 1970. Ese año estaba viviendo en México, donde tuvieron lugar unos campeonatos mundiales y me quedé aterrado. En México todo es a lo grande y el espectáculo de más de un millón de personas en el Paseo de la Reforma, en Insurgentes, etcétera, gritando «México-México» porque habían ganado a no sé qué otra selección me pareció realmente estremecedor.

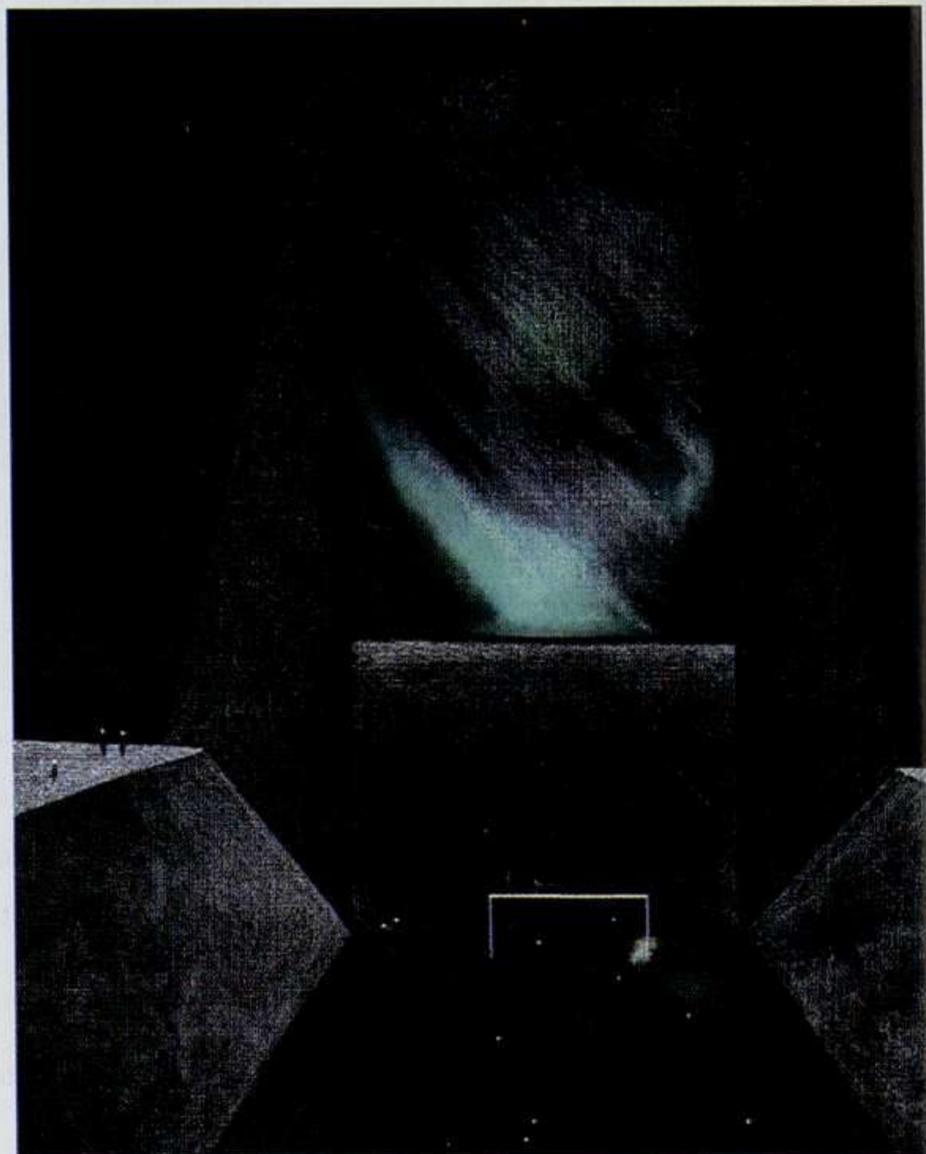
Entonces, y por pura casualidad, vi en casa de unos conocidos un partido por televisión —mi primer partido televisado— y me divirtió bastante el juego que hacía Brasil: Precisión, elegancia, alegría —sin esfuerzo aparente—. Algo que, salvando todas las distancias, me recordaba el toreo de Antonio Bienvenida.

Hace unos años, cuando los mundiales de Barcelona, volví a ver por televisión los partidos del Brasil y me volvieron a diver-

tir. Del resto, mis relaciones actuales con el fútbol son más bien sonoras.

En Torroella de Montgri, el pueblo donde vivo hace años, se escuchan de pronto unos inesperados cohetes cada vez que el Barcelona marca un gol y toda una traca los días en que consigue algún título o copa. Así que, al menos, de los resultados del Barcelona estoy siempre enterado.

En lo que se refiere a volver a un estadio, espero a un millonario —no creo que pueda ser cubano— con un eficaz secretario y una buena botella de whisky.



Nemesio Antúnez Fútbol Azteca 1968



el miedo escénico

jorge valdano

Christoph Buckstegen 1995

El jugador es un actor obligado a representar una obra desconocida frente a un adversario que se empeña en impedirselo. El único libreto es un sabio reglamento que la atenta vigilancia arbitral debe hacer respetar.

Todo futbolista sale a un terreno de juego atendiendo a funciones específicas, porque es prisionero de sus propias características y porque debe aportarlas en beneficio del conjunto dentro de una táctica acordada de antemano y ante un rival previamente estudiado. Errores, fallos arbitrales y hasta elementos casuales pueden cambiar los planes establecidos en el primer minuto del partido, obligando a variar posiciones y actitudes mentales. Aun

cuando no aparezcan factores imprevistos, el fútbol será siempre, en palabras de Dante Panzeri, «dinámica de lo impensado», «arte del desparpajo». Las pretensiones de aquellos entrenadores que pretenden ser más importantes que el juego y que los jugadores, mecanizando funcionamientos y apresando iniciativas con rígidos esquemas, no podrán nunca encorsetar la inspiración, y si algún día lo logran el fútbol perderá la mágica emotividad que lo sustenta.

Lo cierto es que el futbolista sale a correr un riesgo, a dar un concierto sin partitura. Nada importaría si nadie

observara, pero ni el mejor se siente seguro cuando está obligado a responder ante miles de examinadores atentos, imaginando soluciones cada vez que el balón le elige para que lo juegue.

Al fútbol entonces hay que inventarlo en cada momento, utilizando preferentemente una parte del cuerpo tan inhábil y distante del cerebro como son los pies. Un verdadero lío, y para colmo con mucha gente mirando.

Al «miedo escénico» se refirió García Márquez en un artículo periodístico que tenía por tema el pánico que él sentía cuando se veía obligado a hablar en público. Mucho tiempo después, rescaté aquella frase de mi mala memoria relacionándola con un miedo que tiene la misma raíz y es común a todos los futbolistas cada vez que tenemos que dar nuestra propia disertación corporal, ágil, veloz y llena de obstáculos, ante un público difícil de contentar. Y cuando digo público, me refiero también a los periodistas, que multiplican el número de espectadores y en consecuencia son en sí mismos una importante fuente engendradora de miedos.

Una vez aliviado por la confesión del plagio, trataré de acercarme reflexivamente al famoso «miedo escénico» y a otros miedos siempre presentes en la vida de un futbolista que condicionan su libre expresión. Diferentes rivales, distintas situaciones y, sobre todo, el público convierten lo que debería ser un acontecimiento normal en algo excepcional.

Para un jugador de fútbol, el próximo partido será siempre algo especial, aunque tenga detrás diez años de profesión. El miedo nunca puede ser educado por completo, pero la experiencia es un grado que te enseña a dominar el nerviosismo atroz que de aquél se deriva.

El joven que comienza a mostrarse al gran público es más vulnerable a todos los temores, aunque haya hermosos irresponsables que a los dieciocho años juegan con la soltura que otros no tienen a los treinta. Obviamente, cada personalidad fabrica sus propias respuestas a parecidos problemas.

La hostilidad del aficionado suele encontrar una víctima favorita que paga con inseguridad tan dolorosa elección; por el contrario, los jugadores de moda viven una relación idílica con el público, que les otorga el margen de confianza suficiente como para permitirles «echar una cana al aire» en el campo con la certeza de que serán perdonados. En este desfile de «miedos escénicos», no podemos dejar de señalar el peor de los posibles: aquel que le tenemos a nuestro público. Si quienes debieran ser aliados se rebelan hasta convertirse en enemigos, es para ponerse a temblar. El aficionado responde a impulsos pasionales que obligan a plantearse la profesión con un total sentido de la inmediatez. Las respuestas emocionales colectivas son incapaces de tejer grandes fidelidades. Entre el «hoy un juramento» y el «mañana una traición» del tango existe la corta distancia que va de una jugada afortunada a otra que no lo es tanto.

El diálogo permanente que se establece entre jugador y espectador a lo largo de un partido supone una comunicación en la que existe un proceso de ida y vuelta instantáneo: el jugador ofrece mercancía futbolística y el aficionado le paga con afecto. Siempre existirá, por tanto, el miedo de no poder dar y la frustración de no recibir. El juicio del público afecta sentimentalmente, pero, además, resulta esclarecedor para los directivos de que el jugador depende. No hace mucho tiempo el presidente de un club español

de primera división me decía con excesiva sinceridad que «a los futbolistas les renuevan el contrato los espectadores». Esta subordinación económica al criterio popular añade un nuevo elemento angustioso.

Hay actitudes sintomáticas que denuncian la existencia real y mayoritaria de ese miedo múltiple (al público, a lo desconocido, al ridículo, o simplemente, físico). La historia del fútbol podría ser entendida como una verdadera antología de la superstición, plagada de talismanes, amuletos y gestos rituales que el jugador utiliza como muletas en que apoyar sus inseguridades.

También la drogadicción, ese fantasma tantas veces denunciado, no es más que la expresión de mentes débiles y acobardadas. La violencia, otra de las enfermedades siempre presentes dentro de un campo de fútbol, tiene asimismo un claro parentesco con el miedo.

Decía Kipling que «el éxito y el fracaso son dos grandes impostores». En fútbol, esta frase es más verdadera que en cualquier otra actividad, y el futbolista debería entenderlo así desde el principio. El jugador que vive pendiente de la crítica y de los gritos del público termina por entregarse a la visión periodística o al ánimo partidista, olvidando que para él, dentro del campo, no existe compromiso más importante que el contraído con sus compañeros y ante el entrenador. En fútbol, uno es gracias al otro y toda tentación de emprender solo la búsqueda del aplauso no significará más que una invitación al caos colectivo.

Pero volvamos al miedo y sus efectos deportivos, acudiendo a un ejemplo que me resulta cercano y que periódicamente escribe una sorprendente página futbolística de repercusión internacional.

En fútbol, todo es opinable menos el resultado, y las estadísticas cuentan que, en su propio campo, el Real Madrid ha sido un equipo irresistible que no se resignó a perder un solo punto en toda la temporada. Con especial rigor se trata a los grandes equipos europeos que desde hace dos años nos visitan en el Santiago Bernabéu, en el marco de la Copa de la UEFA. Se superan eliminatorias con una contundencia espectacular que alcanza la dimensión de gesta deportiva, y es tal nuestra seguridad que el orden de los partidos preocupa más que el nombre del rival. En cuanto escuchamos «primero fuera, segundo en casa», el único dato que queda por conocer es el nombre de la víctima.

En el estadio Santiago Bernabéu no hay grandes espacios verdes entre los límites del terreno de juego y el inicio de las gradas. Tampoco hay fosos, ni pistas de atletismo que distancien al aficionado del juego. La gente está «encima», participa activamente del partido; sin desmanes, sin salvajismo; sencillamente con la fuerza de una ilusión múltiple, colorida y estentórea.

Cada miércoles europeo, un carnaval a destiempo, ruidoso y orgullosamente disfrazado de blanco, nos espera en nuestro feudo con una confianza casi irresponsable en nuestras posibilidades. Resultados escandalosamente desfavorables fueron superados frente a gloriosos representantes de potencias futbolísticas como Alemania, Italia o Bélgica, gracias a actuaciones poco menos que milagrosas, pero que son enteramente explicables apelando a elementos que van más allá de lo estrictamente futbolístico. Las razones técnicas, tácticas e incluso físicas que dan a un equipo su fisonomía, que hacen su estilo, responden, en primer lugar, a las peculiaridades de cada jugador y, en segundo término, a las pretensiones del

entrenador. Se depende de hombres que cumplen funciones temporales y por tanto cambiantes. Pero un equipo es, sobre todo, un estado de ánimo, y el Real Madrid ha sabido cuajar un carácter tan peculiar y cimentado que ha terminado por convertirse en una marca registrada que el público exige, obligando al jugador, y que se va perpetuando en el tiempo. Así pues, aun entendiendo que los grandes equipos se hacen a partir de grandes jugadores, hay aspectos puramente emocionales de importancia trascendental en el desarrollo de un encuentro futbolístico.

La responsabilidad de un desafío futbolístico en la cumbre europea se comienza a sentir con varios días de anticipación. La mentalización va creciendo sola hasta que, llegado el día, se desarrolla en los vestuarios, en los instantes anteriores al partido, una importante e íntima ceremonia: allí, en un intento mutuo de contagiarse confianza, se produce un intercambio de miradas cómplices y consignas deportivas dentro de un clima cada vez más encendido. Es en ese momento cuando la comunión de todas las ganas crea una predisposición inquebrantable para hacer frente al inminente compromiso. Merece verse. Es en esos minutos de espera cuando al enemigo se le declara la guerra reglamentaria; esto es, ajustándola a los cauces legales.

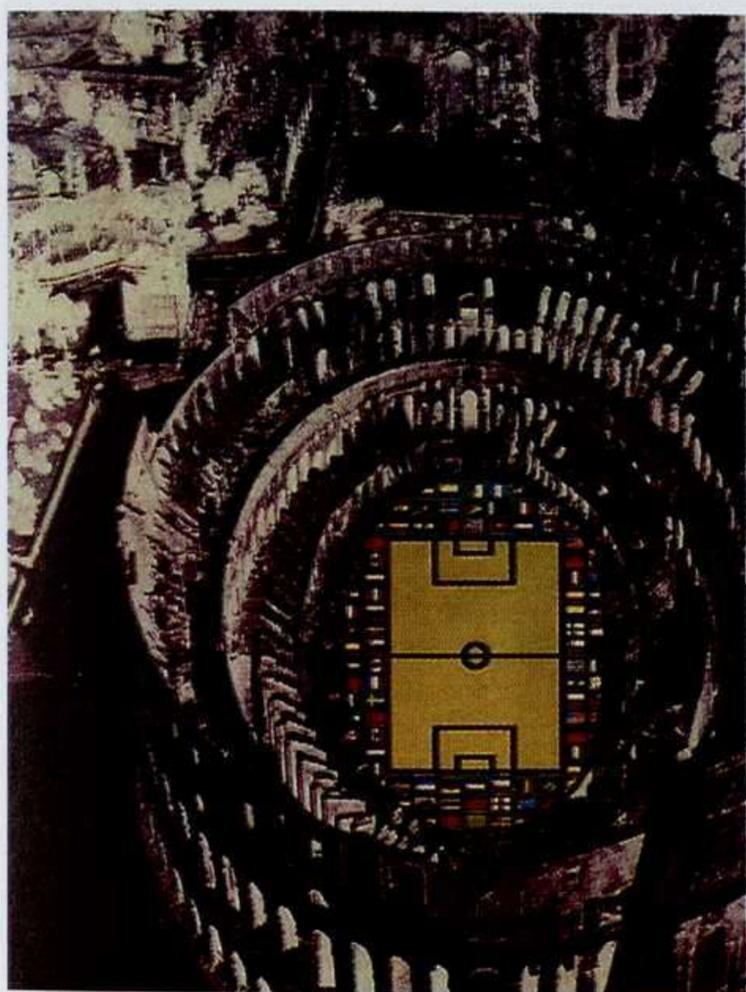
Los célebres antecedentes que adornan la historia del Real Madrid intimidan a cualquier visitante en la misma proporción en que nosotros

los percibimos en términos de responsabilidad. Esa alegría hecha de afecto y pasión, o expresada en gritos, banderas y cantos, que baja desde las gradas con una intensidad que confunde, provoca la euforia de cada jugador madridista al tiempo que inhibe al adversario. El monumento al fútbol que es el estadio Santiago Bernabéu, donde el equipo local recibe casi sin excepción el homenaje inflamador del «lleno histórico», disminuye al rival condicionando su rendimiento hasta extremos a veces inexplicables. Ese respeto —en parte obtenido por herencia y en parte trabajado en glorias recientes— que los visitantes nos rinden pierde, en ocasiones, sus límites y se convierte en miedo abierto y claudicante que los entrega resignadamente a la prepotencia deportiva de una plantilla que aprendió a utilizar, como nadie, esas armas psicológicas.

Sabemos que el escudo del Real Madrid no tiene el poder de las hadas para hacer ganar sin esfuerzo, capacidad y organización, y tampoco dejamos que la confianza se desboque emprendiendo una carrera loca hacia la suficiencia y la sobrestimación. Sacrificio, orden y un equipo «en tecnicolor» son atributos indiscutibles de un grupo preparado para las grandes exigencias, que valora y utiliza la confianza ortopédica de 90.000 entusiasmados deseos que, al mismo tiempo, cuelgan en cada jugador adversario una mochila cargada

de inseguridad, timidez y miedo. Esas son las científicas razones del llamado «milagro».

Como simple recordatorio, les pediré que no pierdan de vista el orden de importancia de los elementos del triunfo hasta aquí mencionados: el auxilio moral, siendo importante, nunca lo será más que las razones futbolísticas. Por mucho que griten juntos todos los tifosi, las «hinchadas», las torcidas, los supporters y los aficionados del mundo entero, no harán nunca un Butragueño de un jugador mediocre.



Alberto Burri Arte gráfico para Italia 1990

Para saltar por encima de todos los miedos hay que saber para qué se juega y valorar las actuaciones a partir del juicio propio, sin dejar que sean los demás quienes den, con sus gritos, pitos y aplausos la referencia de triunfo y fracaso. Quien lo logre no se graduará necesariamente de futbolista, pero dará un importante paso para llegar a ser hombre. Claro que para desplazar angustias prefabricadas y colocar el fútbol en el sitio que su condición de juego reclama hacen falta entrenadores pedagogos; y éstos, evidentemente, todavía no han llegado al fútbol.

En este medio, el cuerpo sigue siendo más importante que la mente. Esa misma absurda dualidad —físico/mente— fue la que distanció al intelectual del fútbol. A mí me duele entender que la pasión de la que vivo genere desconfianzas injustas. Culturalmente despreciado, políticamente utilizado y socialmente reducido a una expresión popular de menor cuantía, el fútbol sigue atrapando la emoción dominguera de aficionados de todo el mundo, convertido en un cautivante fenómeno de movilización masiva que debería ser merecedor de una atención más respetuosa. Perdóname por tomarme la licencia de expresar esta queja. Yo sólo quería hablarles de miedos, y aquí hay ya motivo de pena.

De *Revista de Occidente*, Madrid 1986

la chica del estadio

josé a. garriga vela

La vi por primera vez —igual que muchos telespectadores— aquella noche que las cámaras enfocaron a una muchacha desnuda que agitaba la camiseta azulgrana en el aire de la grada repleta de público. Recuerdo que durante unos segundos la fría piel de la pantalla se volvió cálida y sensual. Desde esa noche, cada vez que retransmitían un partido, me quedaba en casa esperando que apareciera ella entre los humos, el gentío y los abrigos.

Hasta que un día la encontré en el pequeño estadio de una ciudad costera donde se celebraba un torneo de verano. Aproveché que estaba allí de vacaciones para ver jugar a mi equipo contra un combinado extranjero.

Al divisarla supe que era una buena premonición. Efectivamente, aquella noche volvimos a ganar por 5 a 0. Cuando terminó el partido la seguí por los pasillos del estadio. Llevaba un bañador de dos piezas a rayas rojas y azules y una sandalia de cada color. La imaginé como la había visto un par de años antes, desnuda y alegre, moviéndose ligera entre los toscos espectadores.

Supongo que resulta imposible explicar ciertos impulsos, yo aquella noche tuve uno del que espero no arrepentirme jamás. Me acerqué a ella y le dije que éramos iguales. Que coincidíamos en el número de nuestra suerte, el cinco. Que nos gustaban los mismos colores. Me miró con ternura, descubrí el color del césped reflejado en el fondo norte de sus ojos verdes. Ese tono de los campos de fútbol que cada sábado y domingo conseguía aplacar mis iras. No hizo falta que me respondiera, simplemente ató nuestros cuellos con una bufanda de los «Boixos Nois», y me raptó en silencio, en pleno verano y para siempre.

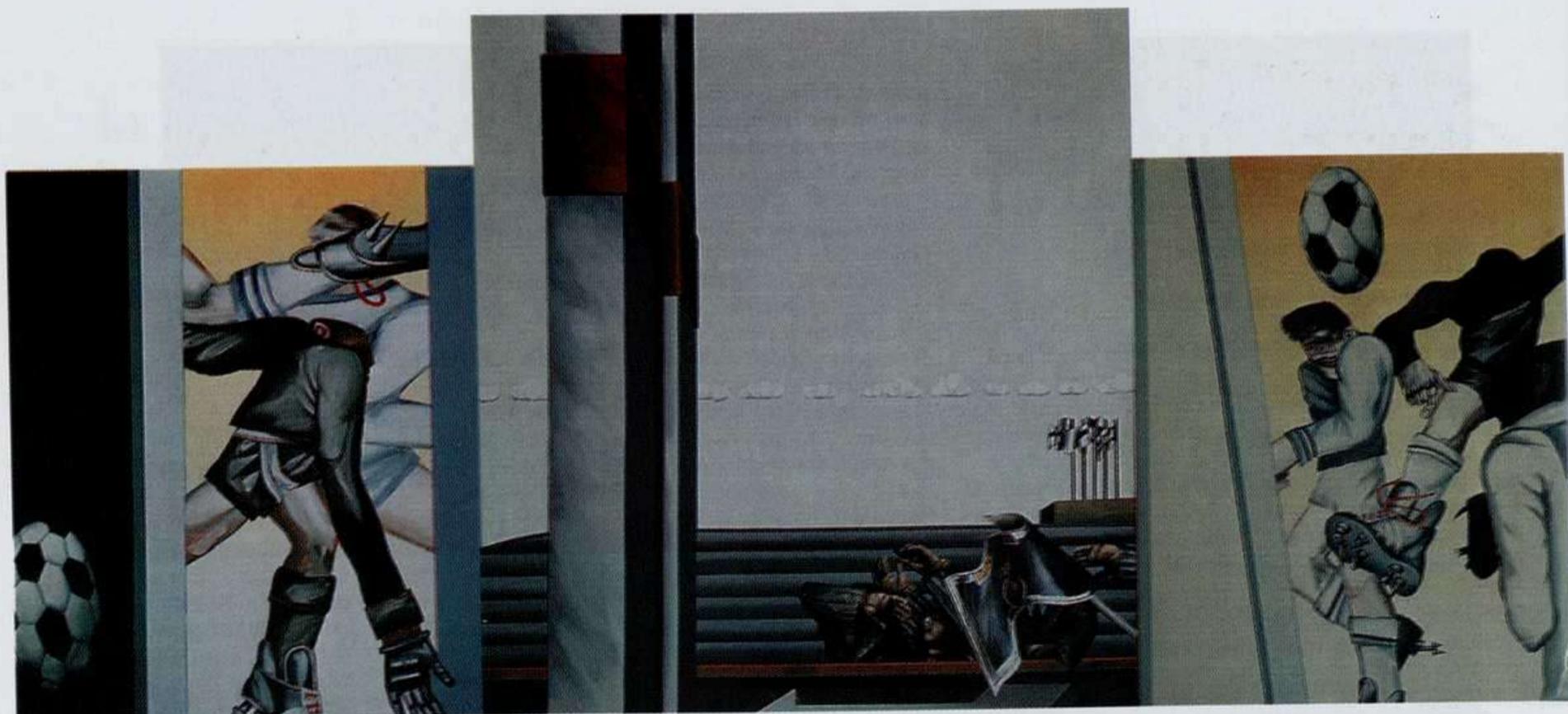
Ahora pasamos los fines de semana delante de la pequeña pantalla verde. Unidos por los mismos colores. Brindando con cava las goleadas, las ligas, los títulos. Llenos de esperanza en el futuro. Desde que estoy con ella he perdido el miedo histórico. Es un talismán. Únicamente le recrimino que se llame Nieves, y es que a ninguno de los dos nos gusta el blanco.



Nemesio Antúnez *Desnudo urbano* 1971

Hoy mismo, esta misma tarde, nos sentaremos delante del televisor. Sólo nosotros sabremos, antes de comenzar el duelo, que los partidos están escritos. Que las goleadas, los ciclos y las generaciones se cuentan de cinco en cinco. Y cuando el brasilerito marque el gol, ella se quitará la camiseta y la agitará en el salón, bailará la samba delante de mí y de la misma pantalla en la que una noche remota acaricié su entrañable piel de cristal. Ella me ha enseñado que el mundo es tan pequeño y mágico como un estadio, que hemos de saber disfrutar de las buenas rachas. Aprovechar las ocasiones que se nos presentan excepcionalmente en el área chica de la vida. Que ya vendrán tiempos en los que tengamos que mandar balones fuera.

De *Diario Sur*, Málaga, Enero 1995



Joachim Palm Fútbol (Tríptico) 1970

¡¡¡GOL!!! (GÉNESIS DEL GRITO)
Héctor Negro

Cuando la «G» se agolpa en la garganta
como miles de «GES» que se atropellan,
para buscar la «o», irse con ella
y alargarla en el aire que se exalta.
Y se sueltan las dos, diseminadas,
detrás de otras iguales que estallaron.
Y disparan peñones que rodaron
y van por las distancias asombradas.
Y la «L» final, como un tañido,
como un sonido de metal vibrante,
tiembla cuerda de pulso electrizante,
buscando el diapasón de los latidos.
Juntas las tres serán el grito sumo.
El que esperó creciente, agazapado.
El que se da o no se da, mas dado
tiene pólvora, chispa, explosión, humo...

En J.G. Candau, *Épica y lírica del fútbol*, Alianza 1996

el novio del mundo

(Fragmento)

felipe benítez reyes

Mi padre seguía leyendo a Sigmund Freud y hojeando la *Enciclopedia de las tribus de África*, porque era un hombre muy vulnerable a los vicios. Y creo que nunca fue feliz.

Un domingo, me dijo: «Te llevo al fútbol». Y me fui al fútbol con mi padre.

Era la primera vez que yo veía un partido, porque en Bogotá, según ya dije, no pisábamos prácticamente la calle por puro miedo a la violencia ambiental —y los futbolistas de allá debían de ir armados por lo menos con bazukas o con hachas vikingas durante los partidos, por lo que pudiera terciarse.

El estadio era un rugido gutural y dominguero que se elevaba en el aire como el gas de un volcán.

Bueno. El fútbol es un juego demasiado imperfecto como para resultar entretenido. La emoción de la gente —y de los propios jugadores— consiste en que se produzca ese fenómeno insólito y por lo general chapucero al que llaman *gol*: que la pelota entre en la portería de la manera que sea —aunque hay que reconocer que la clientela agradece cualquier tipo de floritura locomo-

triz—. Es decir, algo tan natural como el hecho de que la ciudad entera se conmocionara cada vez que una costurera enhebra una aguja o cada vez que el número premiado en la lotería tiene cinco ceros: la fascinación por la rareza del azar. La influencia de Dmitri Grappelli sobre el Mundo. —Su circo. Su Poder.

A mí me resultó admirable, y una gran muestra de la terca voluntad humana, el que los jugadores no abandonaran el partido por la mitad, como hacía yo cuando me cansaba de correr por la casa jugando

Matthias Köster Fútbol 1998



al Apache Solitario o al Troglodita Demoledor. Me extrañaba que mi padre no se sacara del bolsillo el tomo de las *Obras escogidas* de Sigmund Freud para combatir el aburrimiento. Me resultaba extravagante que el público no saltara al campo para meter mil goles, dos mil goles o los que fuesen necesarios para salir de allí contentos y con la ilusión golística amortizada.

Pero lo peor de todo vino cuando un tipo metió un gol. Sí. Se formó un barullo ante la portería y un tipo metió un gol. (Se produjo el milagro. Se produjo el rugido. La erupción del volcán.)

El jugador que metió el gol se echó las manos a la cabeza, como si no se lo creyese. Como si se hubiera vuelto loco y una pulga freudiana le picoteara el cerebro. Como si no se creyera que se estaba volviendo loco a causa de la conmoción de efecto incontrolable que le producía el hecho de haber metido un gol.

Mi padre gritaba: «¡Gol!», una y otra vez. Con mucho eco: «¡Gooooool!», y se echaba también las manos a la cabeza. Y todos los espectadores se echaban las manos a la ca-

beza, menos yo, que estaba a punto de echarme las manos a la cabeza porque no podía creerme que la gente se echara las manos a la cabeza por el hecho de que un tipo hubiera metido un goool, y sentía vergüenza de no tener mis manos en mi cabeza, o en la cabeza de mi padre, o qué sé yo: vergüenza, en fin, de no tener las manos en algún sitio inusual.

El resto del equipo se tiró encima del jugador que había metido el gol: una orgía de calzonas, de camisetas sudadas y de números. Y aquel revoltijo de jugadores parecía la cesta de la ropa sucia.

Yo creí que la cosa acabaría ahí: un gol y todos a casa. Pero no: siguieron jugando para conseguir otro gol y para que la gente pudiera echarse las manos a la cabeza de nuevo, y dar saltos, y gritar gol con mucha reverberación emocionada. Fanáticos totales de la contingencia.

Pero no hubo más goles.

Y es que el fútbol es un juego que va en contra de la intensidad: a medida que avanza, los jugadores parecen esos tipos que se pierden por el desierto en las películas de guerra, cansados y sudorosos, como si el sol les ablandara el cerebro y se dedicaran, dementes, a correr detrás de un espejismo en forma de pelota.

Si juegas a los piratas, qué duda cabe, la intensidad va en aumento, porque el fin es el abordaje del galeón enemigo y el rescate de la cautiva rubia que acabará convirtiéndose en tu novia —al menos en un plano metafísico—. Si juegas a los pistoleros, la intensidad va creciendo hasta que te cargas a todos los matones del *saloon* o a todos los comanches, y ya te quedas tranquilo con tu leyenda —y haces como que te tomas el whisky preceptivo de los héroes populares—. Pero en el fútbol la intensidad va cayendo en picado desde el primer minuto de juego y el único consuelo que te queda es el de poder echarte las manos a la cabeza cuando se forme un barullo delante de la portería y algún oportunista aproveche para meter un gol. Un goool.

El gol. Las manos en la cabeza.

No sé, España me comenzaba a resultar un país bastante raro.

GOL Y TRIUNFO

Rogelio Buendía

Once fornidos corazones: uno,
once los corazones,
once cantos rodados con una sola mente,
río de sangre arrastrándolos.

Veintidós piernas y una sola mente:
once banderas puras agitándose.

Y allí una puerta inmensa,
rectángulo clavado su parva geometría.

Veintidós piernas y una sola mente,
y una sola salud en la carrera,
en lo que fue el regate, en el burlar gracioso
de la pelota riéndose de los pies,
haciéndoles hacer *off-sides* a los otros
y defender la puerta, constante forcejeo,
córners y goles, caliente sangre todo.

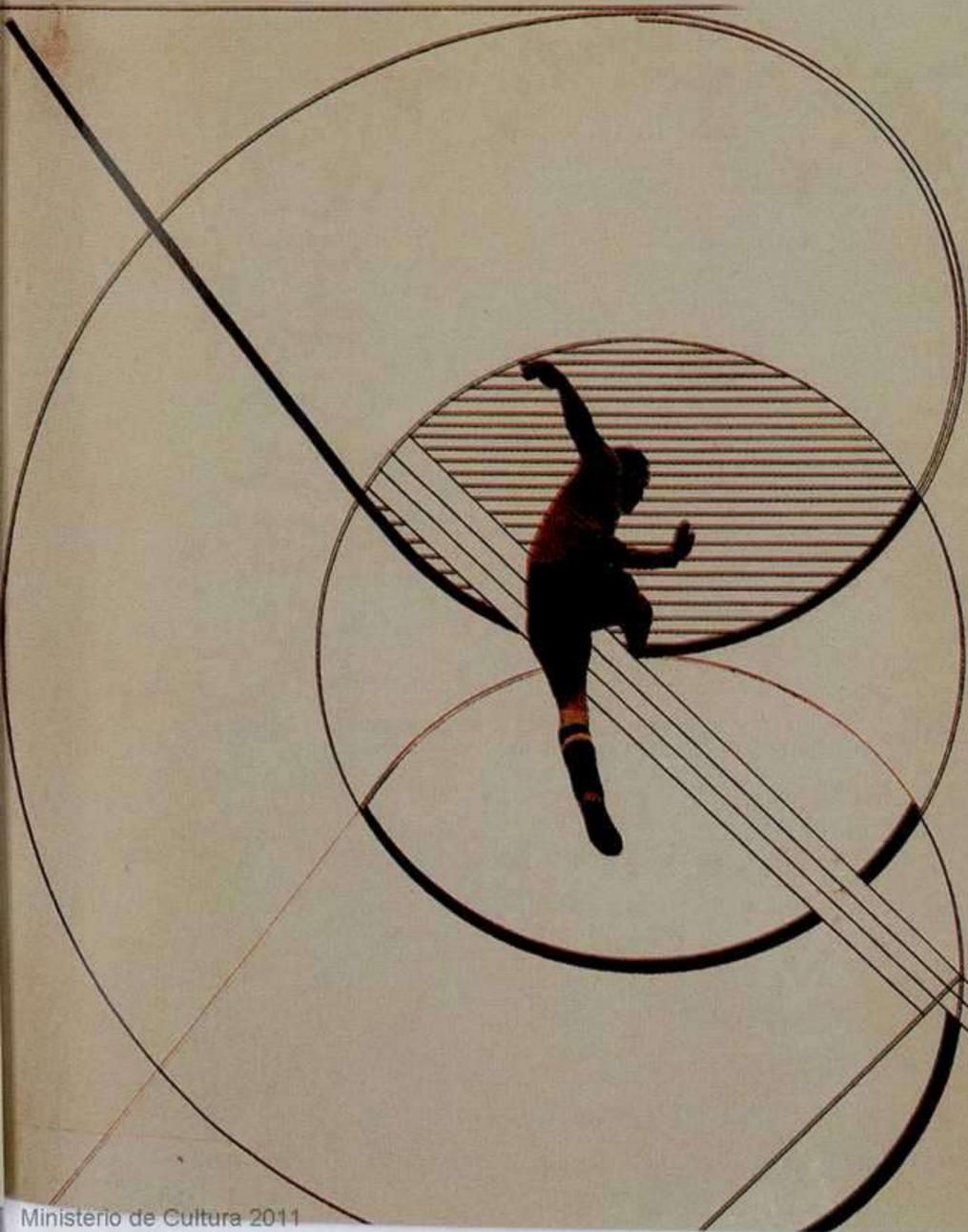
La tarde arriba,
azul con nubes blancas, deportivas
—árbitro ella—, riéndose en su gozo.
Salud en todos los blanquiazules,
salud con hambre y gula,
en fijas ansias de comerse la brisa,
la cancha por bandeja.

Once los corazones,
su sangre y su alegría en cuerpo y piernas,
y el ¡halalí! de un gol, el gol del triunfo;
mientras arriba, hinchándose, de dulce,
el ocaso va estando en caramelo
todos sus componentes uniéndose al equipo,
que todo él, azul y blanco —nubes, cielo—,
llega a creerse que el balón es eso
rubio, redondo, el sol,
que lo han centrado y lo han entrado
en estampido
por la puerta glorial del Universo.

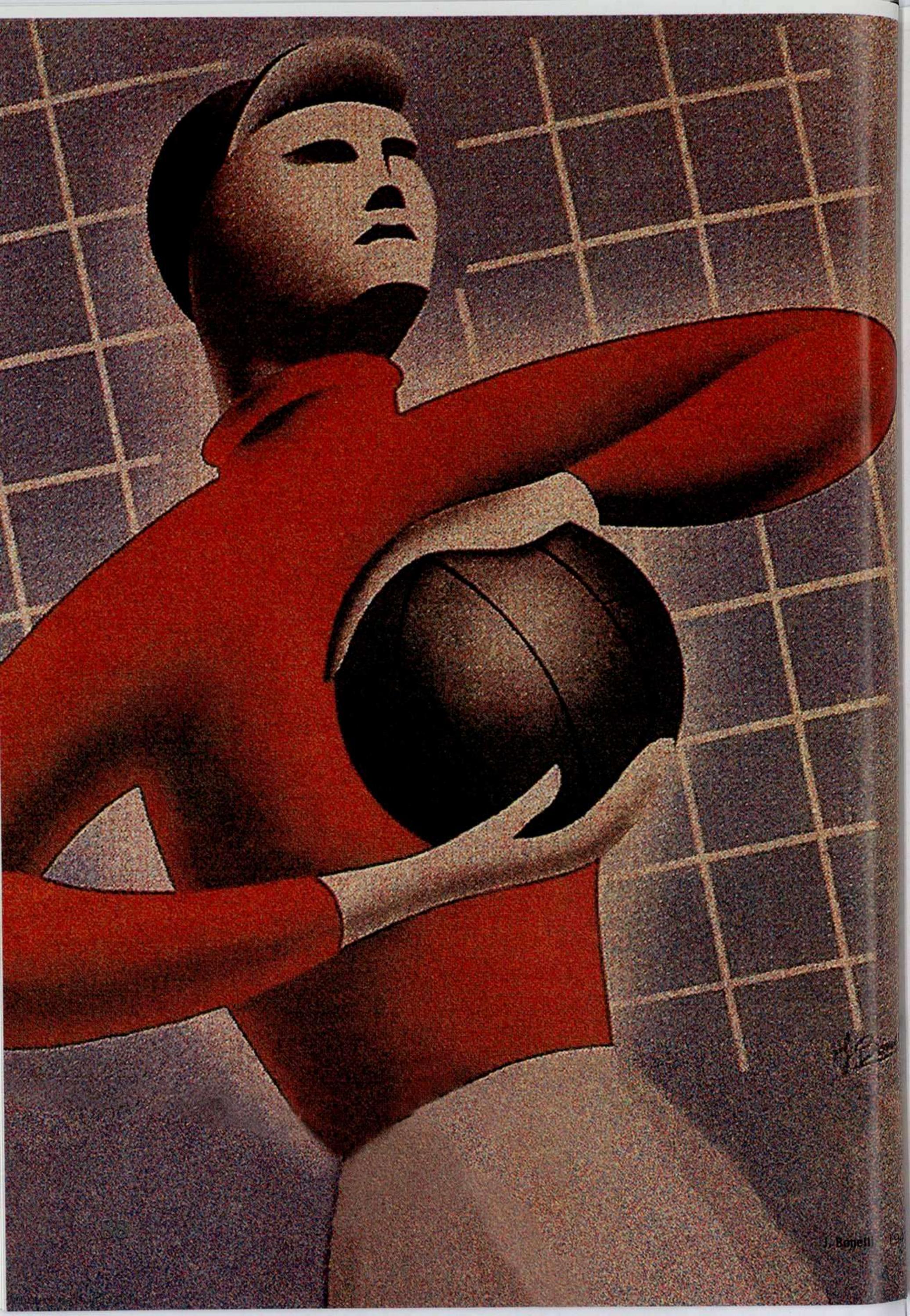
Un corazón y veinte piernas ágiles
lo propulsaron.

Y al otro extremo
del campo, con las manos hacia arriba,
dos piernas y dos brazos delirantes,
de alegría total llorando, el guardameta.

De J.G. Candau, *Op. cit.*



Werner Rohde *Futbolista* 1927



PLATKO

Rafael Alberti

A José Samitier, capitán

Nadie se olvida, Platko,
no, nadie, nadie, nadie,
oso rubio de Hungría

Ni el mar,

que frente a ti saltaba sin poder
defenderte
Ni la lluvia. Ni el viento, que era el que
más regía.

Ni el mar, ni el viento, Platko,
rubio Platko de sangre,
guardameta en el polvo,
pararrayos.

No, nadie, nadie, nadie.

Camisetas azules y blancas, sobre el aire,
camisetas reales,
contrarias, contra ti, volando y
arrastrándote,
Platko, Platko lejano,
rubio Platko tronchado,
tigre ardiendo en la yerba de otro país.
¡Tú, llave,
Platko, tú, llave rota,
llave áurea caída ante el pórtico áureo!

No, nadie, nadie, nadie,
nadie se olvida, Platko.

Volvió su espalda el cielo.
Camisetas azules y granas flamearon,
apagadas, sin viento.
El mar, vueltos los ojos,
se tumbó y nada dijo.
Sangrando en los ojales,
sangrando por ti, Platko,
por tu sangre de Hungría,
sin tu sangre, tu impulso, tu parada, tu
salto,
temieron las insignias.

No, nadie, Platko, nadie,
nadie, nadie se olvida.

Fue la vuelta del mar.
Fueron
diez rápidas banderas
incendiadas, sin freno.
Fue la vuelta del viento.

La vuelta al corazón de la esperanza.
Fue tu vuelta.

Azul heroico y grana
mandó el aire en las venas.
Alas, alas celestes y blancas, rotas alas,
combatidas, sin plumas, encalaron la
yerba.

Y el aire tuvo piernas,
tronco, brazos, cabeza.

¡Y todo por ti, Platko,
rubio Platko de Hungría!

Y en tu honor, por tu vuelta,
porque volviste el pulso perdido a la pelea,
en el arco contrario el viento abrió una brecha.

Nadie, nadie se olvida.

El cielo, el mar, la lluvia lo recuerdan.
Las insignias.
Las doradas insignias, flores de los ojales,
cerradas, por ti abiertas.

No, nadie, nadie, nadie,
nadie se olvida, Platko.

Ni el final: tu salida,
oso rubio de sangre,
desmayada bandera en hombros por el campo.

¡Oh Platko, Platko, Platko,
tú, tan lejos de Hungría!

¿Qué mar hubiera sido capaz de no llorarte?

Nadie, nadie se olvida,
no, nadie, nadie, nadie.

(Santander, 20 de mayo de 1928)

CONTRAODA DEL POETA DE LA REAL SOCIEDAD
Gabriel Celaya

Y recuerdo también nuestra triple derrota
en aquellos partidos frente al Barcelona
que si nos ganó, no fue gracias a Platko
sino por diez penaltis claros que nos robaron.
Camisolas azules y blancas volaban
al aire, felices, como pájaros libres,
asaltaban la meta defendida con furia



y nada pudo entonces toda la inteligencia
y el despliegue de los donostiarras
que luchaban entonces contra la rabia ciega
y el barro, y las patadas, y un árbitro comprado.
Todos lo recordamos y quizá más que tú,
mi querido Alberti, lo recuerdo yo,
porque yo estaba allí, porque vi lo que vi,
lo que tú has olvidado, pero nosotros siempre
recordamos: ganamos. En buena ley, ganamos
y hay algo que no cambian los falsos resultados.

De J.G. Candau, *Op. cit.*

ELEGÍA AL GUARDAMETA

Miguel Hernández

*A Lolo, sampedro joven
en la portería del cielo de Orihuela*

Tu grillo, por tus labios promotores,
de plata compostura,
árbitro, domador de jugadores,
director de bravura,
¿no silbará —la muerte por ventura?

En el alpiste verde de sosiego,
de tiza galonado,
para siempre quedó fuera del juego
sampedro, el apostado
en su puerta de cáñamo añudado.

Goles para enredar en sí, derrotas,
¿no la mundial moscarda?
que zumba por la punta de las botas,
ante su red aguarda
la portería aún, araña parda.

Entre las trabas que tendió la meta
de una esquina a otra esquina
por su sexo el balón, a su bragueta
asomado, se arruina
su redondez airosamente orina.

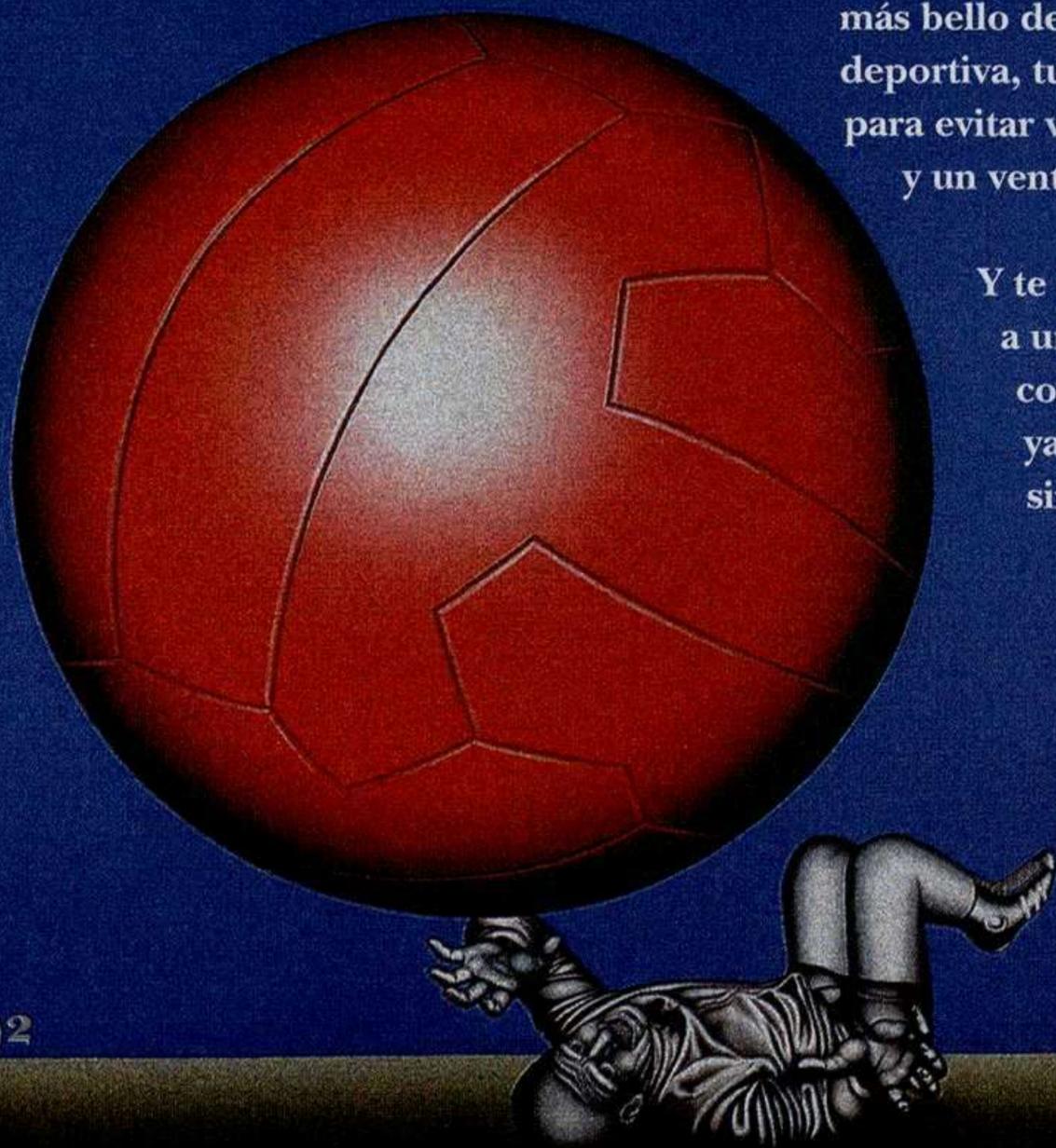
Delación de las faltas, mensajeras
de colores, plurales,
amparador del aire en vivos cueros,
en tu campo, imparciales
agitaron de córner las señales.

Ante tu puerta se formó un tumulto
de breves pantalones
donde bailan los priapos su bulto
sin otros eslabones
que los de sus esclavas relaciones.

Combinada la brisa en su envoltura
bien, y mejor chutada,
la esfera terrenal de su figura
¿cómo! fue interceptada
por lo pez y fugaz de tu estirada.

Te sorprendió el fotógrafo el momento
más bello de tu historia
deportiva, tumbándote en el viento
para evitar victoria,
y un ventalle de palmas te aireó gloria.

Y te quedaste en la fotografía,
a un metro del alpiste,
con tu vida mejor en vilo, en vía
ya de tu muerte triste,
sin coger el balón que ya cogiste.



Fue un *plongeón* mortal. Con ¡cuánto!
tino
y efecto, tu cabeza
dio al poste. Como un sexo femenino,
abrió la ligereza
del golpe una granada de tristeza.

Aplaudieron tu fin por tu jugada.
Tu gorra, sin visera,
de tu manida testa fue lanzada,
como oreja tercera,
al área que a tus pasos fue frontera.

Te arrancaron, cogido por la punta,
el cabello del guante,
si inofensiva garra, ya difunta,
zarpa que a lo elegante
corroboraba tu actitud rampante.

¡Ay fiera! En tu jaulón medio de lio,
se eliminó tu vida.

Nunca más, eficaz como un camino,
harás una salida
interrumpiendo el baile apolonida.

Inflamado en amor por los balones,
sin mano que lo imante,
no implicarás su viento a tus riñones,
como un seno ambulante
escapado a los senos de tu amante.

Ya no pones obstáculos de mano
al ímpetu, a la bota

en los que el gol avanza. Pide en vano,
tu equipo en la derrota,
tus bien brincados saques de pelota.

A los *penaltys* que tan bien parabas
acechando tu acierto,
nadie más que la red le pone trabas,
porque nadie ha cubierto
el sitio, vivo, que has dejado, muerto.

El marcador, al número al contrario,
le acumula en la frente
su sangre negra. Y ve el extraordinario,
el sampedro suplente,
vacío que dejó tu estilo ausente.

1932. Recogido en *Obra poética completa*, Alianza Editorial
1982

portero de barro

eduardo chillida

Un día lluvioso y gris llegué al campo de Atocha. Benito Díaz, entrenador de la Real Sociedad, me convocó para hacerme una prueba de portero, sin más, un día, después de jugar un partido. Así que llegué al viejo campo, vestido de calle y con el atuendo de guardameta bajo el brazo. Cuando quise enfilarse hacia el vestuario, Benito Díaz me dijo que no hacía falta que me cambiase. De repente me encontré bajo los palos, tirándome en el barrizal, mientras varios jugadores disparaban sin parar. Llegué a casa con un aspecto lamentable. Unos días después, Díaz me mandó llamar: «Estás fichado», me dijo. De esta manera empezó todo.

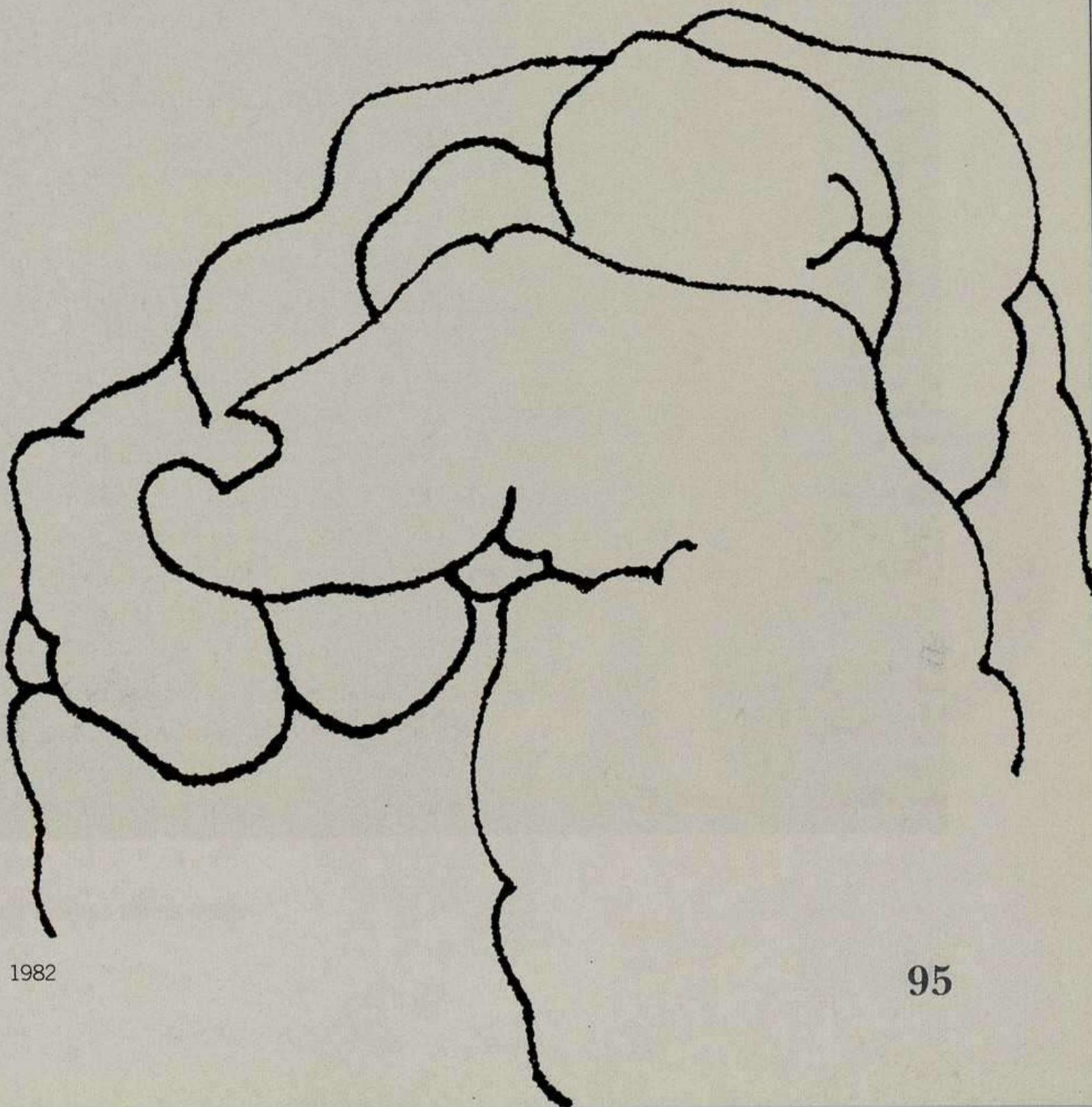
Era el año 1943 y yo no había cumplido todavía los veinte. Era un muchacho larguirucho, que le gustaba jugar al fútbol —que, dicen, no lo hacía mal—, que con sus amigos participó en el campeonato de Guipúzcoa y que alguien se fijó un día en él... En octubre de 1943 estaba en el primer equipo de la Real Sociedad.

No era todavía escultor. Ni sabía cuál iba a ser mi futuro. Pero bajo la portería llegué a sentir cosas que, más tarde, he sentido. Se ha hablado mucho de la soledad del portero, pero eso forma parte de la épica del fútbol, una bella historia hecha todas las tardes, llueva o haga sol, que no se detiene pase lo que pase. Pero yo no me sentía solo. El portero ocupa un lugar especial: entre tres palos, frente a un rectángulo que preside él, bajo las cornisas de un estadio, también rectangular. Son problemas geométricos que notaba día tras día. Esa visión la he tenido haciendo escultura y en ella se ha basado mi trabajo: la de que todos estamos en un punto desde el que contemplamos

el espacio y ve-
mos pasar el tiempo. Incluso
llegué a investigar una forma para parar
los penaltis. En vez de colocarme en el centro
de la portería, como hasta el portero más heterodo-
xo hace, me situaba un poco hacia un lateral, para de-
jar menos hueco y así obligar al futbolista a disparar por
el otro lado, el que yo había elegido para tirarme. No es
poco intuir por dónde van a ir los tiros... Fue una teoría que
no pude llegar a perfeccionar.

En febrero de 1944 tuve una grave lesión que me
obligó a dejar el fútbol. Para mí fue un golpe muy
duro del que me recuperé, aunque desde enton-
ces he tenido la costumbre de no ir a un campo
de fútbol a ver un partido, ni aunque haga
sol. He de confesar algo que muy po-
cos saben: estando ya lesionado,
el Real Madrid me quiso
fichar.

De *ABC literario*, Historias de fútbol





Aurelio Arteta
Idilio en los campos de sport (Pichichi)

EL BALÓN DE FÚTBOL

Gerardo Diego

Tener un balón, Dios mío.
Qué planeta de fortuna.
Vamos a los Arenales:
cinco hectáreas de desierto,
cuadro y recuadro del puerto.
Qué olor la Tabacalera.
—Suelta ya el balón, Incera.
—No somos once. —No importa.
Si no hay eleven hay seven.
Qué elegante es el inglés:
decir sportman, team, back;
gritar goal, corner, penalty.
(Aún no se ha abierto el Royalty).
—Marca tú la portería:
Textos y guardarropía.
—Somos siete contra siete.
Un portero y un defensa,
dos medios, tres delanteros:
eso se llama la uve.
Y a jugar. Vale la carga.
Pero no la zancadilla.
Yo miedo nunca lo tuve.
(Una brecha en la espinilla).

Ya se desinfla el balón.
Sopla tú fuerte la goma.
Ata ya el cuero marrón.
El de badana en colores
déjasele a los menores
para botar con la mano.
—Mañana a la Magdalena
a jugar contra el «Piquio».
Y al «Plazuela», desafío.

Tener un balón, Dios mío.



De *Mi Santander, mi cuna, mi palabra*, 1961

Axel Lieber 1988



BALADA PARA PELÉ

Horacio Ferrer

A Edson Arantes do Nascimento,
Pelé
le hicieron —pobre— la cuna
con un grano de café
bajo la luna.
Su esbozo
fue un trozo de claro viento.
La luna
era una vela en la favela.
Y el arrorró oscuro,
el coro
de aquella hambruna,
donde se hornean el fútbol y los shoros
en estado puro.
Edson Arantes do Nascimento,
por un momento,
pareció predestinado
—fatalmente
a abrir las puertas de los coches
alquilados
del turismo
por un cruceiro
impertinente.
Pero una noche

—los brujos tañen pandeiros— vaya uno
a saber
por qué atavismo
caliente de su ser
se reencarnó en bailarín
el chiquilín:
medio Marceau, medio Chaplin,
con fueros
de canillita y de torero.
Pero en el modo sutil
y condombero
y tablonero
del Brasil.
Y le empujó tras la piel
el samba silvestre, aquél
que tocan a morir los sapos populares
en los lugares
donde aún hay potreros
barrereros,
para los niños
que no tienen pan ni cavaquiño.
Estos sapos hechiceros,
negros sapos,
sapos raros,
los que también inventaron
la pelotita de trapo.
Y Edson Arantes do Nascimento,
que tenía un remiendo en el trasero,
y otro remiendo —grave— en la comida,
pero todo un talento,
bien entero,
meta samba,
apretó como Dios manda
la de trapo contra el piso
y le hizo, a la vida,
sin permiso,
un soberbio pas de deux remacumbero.
Y es ahora un son universal
de mía tuya y tuya y mía
que le canta en el bótín,
fenomenal,
al chiquilín,

medio Marceau, medio Chaplin.
Y una escola de taquitos y muletas,
mía y tuya y tuya y mía,
y la alegría
de una gran mitología
de gambetas
y de locas batucadas
de pisadas.
Y esos goles; Goles, che,
algunos,
para filmarlos
como si fueran cuadros y guardarlos!
Tuya y mía y mía y tuya;
qué linda aristocracia de uno
que es esta suya,
Pelé.
Porque usted se acuerda, todavía
de aquel día
en que Edson Arantes do Nascimento
le hicieron —pobre— la cuna,
con un grano de café
bajo la luna.

J.G. Candau, *Op. cit.*



G.Laborde 1930

BRASIL. I: URUGUAY. o
Guillermo Díaz-Plaja

El ímpetu tremendo crece ya,
al fulmíneo disparo de Pelé:
un grito. cien. doscientos mil.

En el estadio de Maracanã
todo el césped del campo se alzó en pie
para izar la bandera del Brasil.

De *Poemas y canciones de Brasil*. 1977

Los cuatro sombreros de Pelé

y el *ballet azul*

lorenzo saval

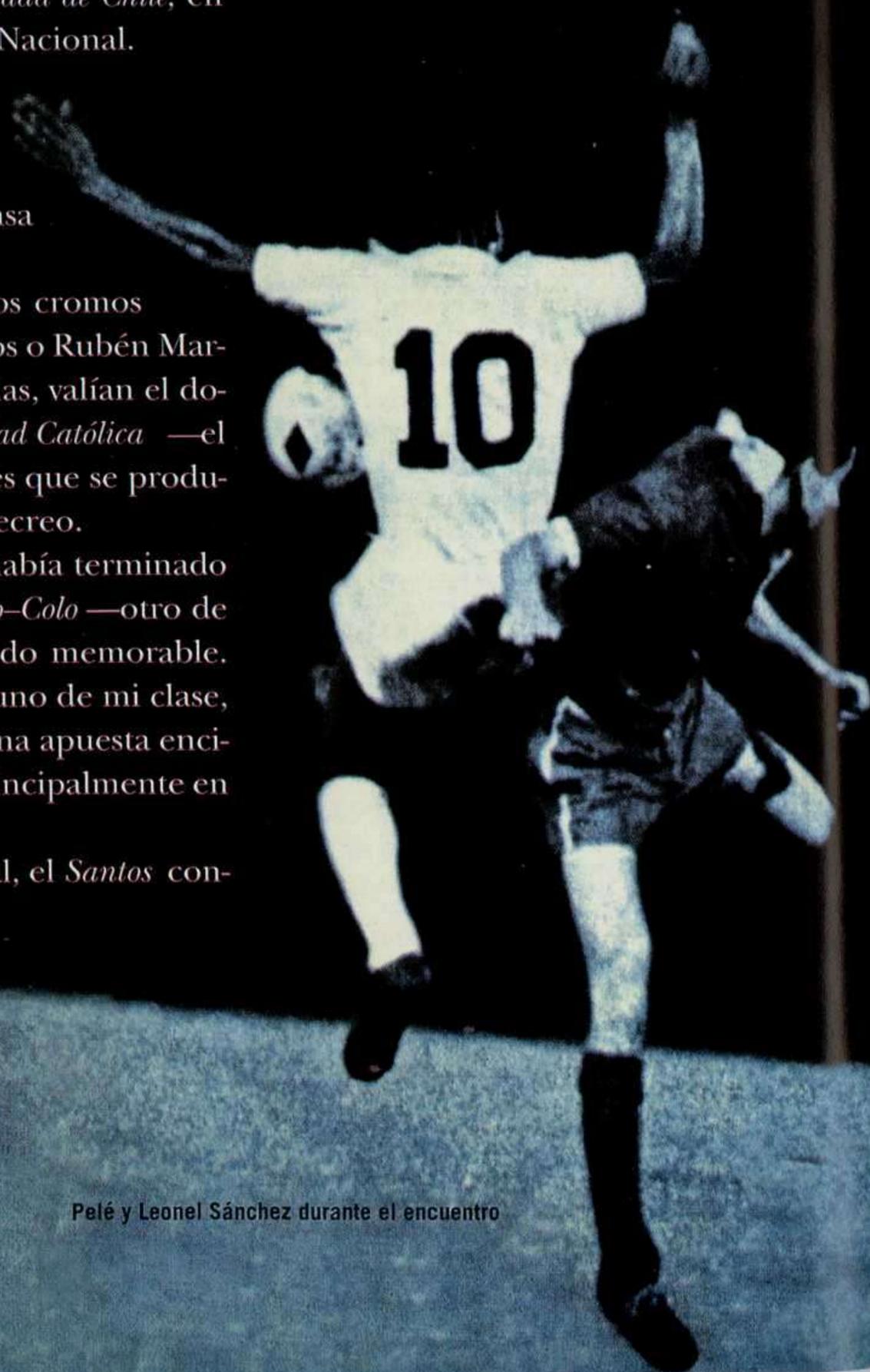
La historia de los *cuatro sombreros* de Pelé me la contaron poco antes de que se iniciase el encuentro. Habíamos ido a ver al *Santos* de Brasil —que por entonces era invencible— jugar contra el equipo de mi infancia, la *Universidad de Chile*, en un abarrotado y excitado Estadio Nacional.

En aquellos años sesenta los jugadores de la «U de Chile» tocaban el balón con tanta delicadeza que en los titulares de prensa les llamaban el «ballet azul».

En los patios de los colegios los cromos de Leonel Sánchez, Carlos Campos o Rubén Marcos, por citar alguna de sus estrellas, valían el doble que cualquiera de la *Universidad Católica* —el equipo rival— en las transacciones que se producían (a veces a puñetazos) en el recreo.

Además aquel año el equipo había terminado invicto en la liga goleando al *Colo-Colo* —otro de sus eternos rivales— en un partido memorable. Derrota que le costó a Andrada, uno de mi clase, que nos measemos todos los de una apuesta encima de su álbum de estampitas, principalmente en la boca de su portero.

El reto se prometía descomunal, el *Santos* contra el «ballet azul».



Pelé y Leonel Sánchez durante el encuentro

—Cuidado, no os precipiteis. Ellos tienen a Pelé —dijo un señor que estaba a mi lado, ante los escandalosos pronósticos que estábamos dando del resultado. Yo vi el gol de la *Rua Javari*, el de los *cuatro sombreros* de Pelé.

Lo dijo mirando al césped y con un tono de voz que pareció aplacar un instante el estruendoso vocerío del estadio, ansioso de que los jugadores saltaran al campo.

—No lo olvidaré nunca. Fue el dos de agosto de 1959. El campo estaba lleno con la hinchada más grande y brava de Brasil. Jugaba el *Santos* contra el *Juventus* brasilero. La mitad del estadio eran hinchas del *Corinthians*, *Palmeiras* y *Sao Paulo*, deseosos de que el *Santos* perdiera fuera como fuera. En la víspera, Pelé estaba en cama agripado y con fiebre y su participación sólo fue confirmada momentos antes de que comenzara el encuentro, noticia que fue recibida con una enorme agresividad por el público.

Ni el *Santos* ni el «ballet azul» hacían su aparición en el campo y el hombre continuó tranquilamente relatándonos el partido de la *Rua Javari*.

No tardó mucho Pelé en meter el primer gol pese al griterío de insultos que se producía cada vez que tocaba el balón. Las hostilidades aumentaron después de un encontronazo de Pelé con un defensa. El locutor del estadio, para provocar aún más a la afición, anuncia por los altavoces que Pelé le ha fracturado una pierna, pero en verdad no era nada de importancia. Aunque el griterío es ensordecedor Pelé no se intimida y mete otro gol. Entonces el *Santos* derrotaba al *Juventus* 3-0.

—Y de pronto sucede algo inexplicable —el hombre por primera vez deja de mirar al césped y nos mira fijamente a los

ojos y con el dedo comienza a dibujar sombreros en el aire.

Una pelota al área, Pelé domina con un toque y levanta el balón sobre el primer marcador. Sin dejar caer la pelota, les hace dos «sombreros» a otros dos adversarios, uno de ellos el ídolo y capitán del equipo rival. Cuando el portero sale a bloquear la jugada, Pelé hace un nuevo sombrero, para después darse la vuelta y cabecear en plancha a la red. El silencio que se produjo en el estadio fue el mismo que se suele escuchar en los circos cuando la paloma sale volando de la chistera del mago.

No alcanzamos a hacer ningún comentario porque en ese instante salían del túnel de vestuarios los jugadores y el griterío nos cegó a todos.

Fue un partido de esos que no se olvidan. Ganó el «ballet azul» 4 a 2. No hubo sombreros, pero el último tanto del *Santos* lo marcó Pelé, de una *chilena* de libro, pero de libro de poesía.

Al día siguiente los cromos con los jugadores de la *U de Chile* se cotizaban al triple y el gol de la *Rua Javari*, de boca en boca, todo el colegio lo dibujaba con los dedos.



Los *cuatro sombreros* de Pelé



Jairzinho

ORACIÓN POR UN GOL

(fragmento)

Vicente Gaos

Cada vez que Jairzinho estrella el balón en las mallas,
por la diagonal imposible en el corazón de la selva,
el negrito de alas en los pies, azogue en la cintura,
alza sus dos brazos frenéticos extasiados de júbilo,
y por la oblicua recta inversa —trotando, retozando—
se sale del césped
(para no molestar), para caer arrodillado en su
margen, para arrinconar su alegría
o su pánico, para dar gracias a Dios por la fácil proeza.

De *Un montón de sombras y otros poemas* 1974



Bernd Flemming 1997

LA CAÍDA DEL IMPERIO BRITÁNICO

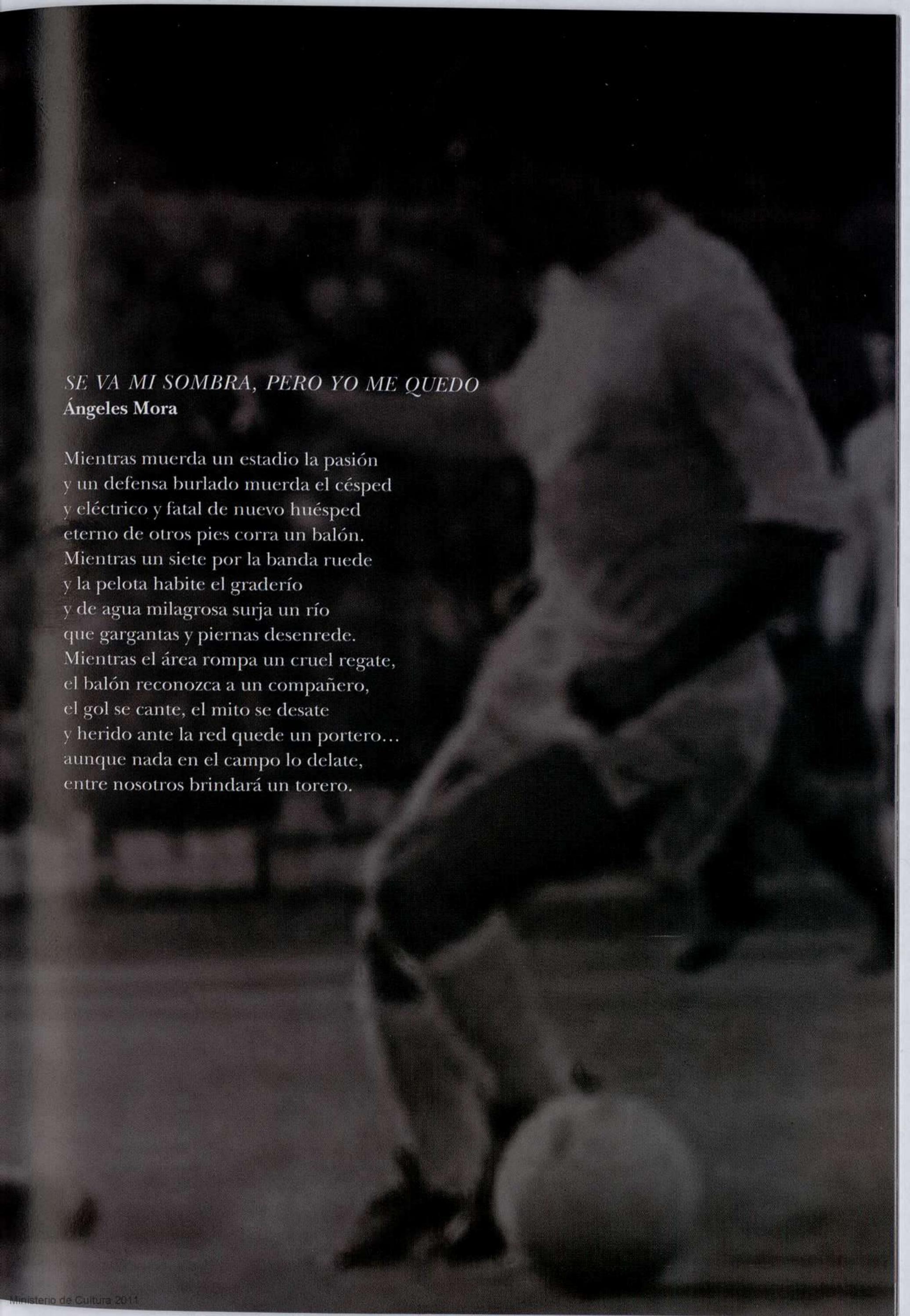
Juan Bonilla

Cayeron los Imperios, los reyes y los príncipes.
Cayeron las repúblicas, dictaduras y dioses.
Cayeron boxeadores y jefes de la mafia.
Cayeron los amantes de juventud hermosa.
Cayeron los hipócritas. La noche llega a todos.
Caerán tarde o temprano las catedrales góticas.
Todo caerá no hay duda, si cayó —recordadlo,
recordad esa tarde que el estadio de Wembley
tembló cuando los húngaros su sexto gol
marcaron—
la hasta entonces invicta selección de Inglaterra.

De *Cuestiones personales*, Málaga, 1988

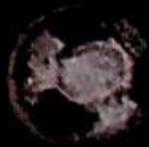


Susken Rosenthal *Argentina-BRD* 1987



SE VA MI SOMBRA, PERO YO ME QUEDO
Ángeles Mora

Mientras muerta un estadio la pasión
y un defensa burlado muerta el césped
y eléctrico y fatal de nuevo huésped
eterno de otros pies corra un balón.
Mientras un siete por la banda rueda
y la pelota habite el graderío
y de agua milagrosa surja un río
que gargantas y piernas desenrede.
Mientras el área rompa un cruel regate,
el balón reconozca a un compañero,
el gol se cante, el mito se desate
y herido ante la red quede un portero...
aunque nada en el campo lo delate,
entre nosotros brindará un torero.



CAMPEONES OÉ, OÉ, OÉ

José Siroco

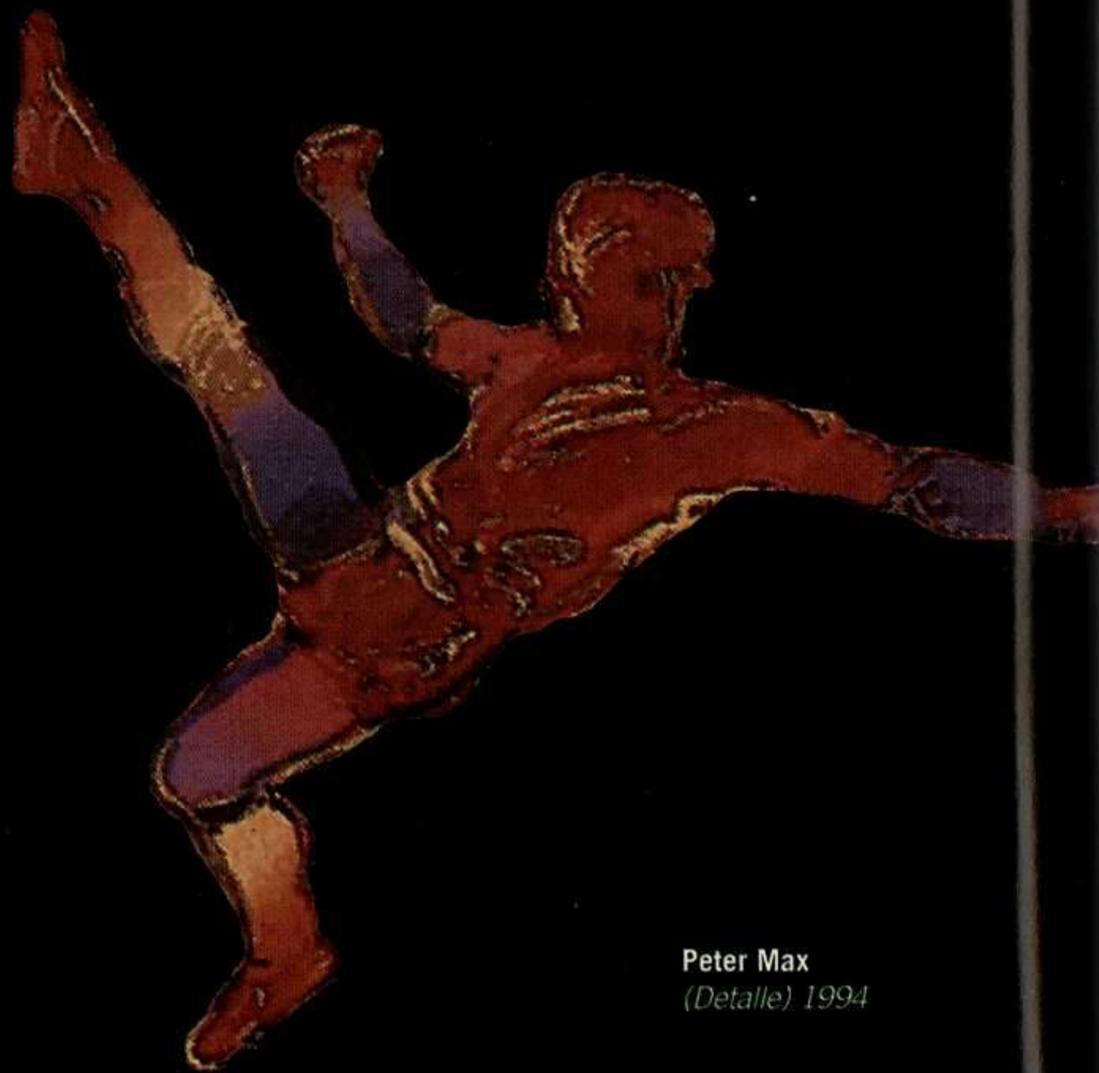
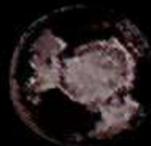
Pasaban ya treinta años,
treinta y un años y un día,
que Mojonalto del Duque
en la Liga no vencía.
¡Qué equipo! ¡Qué poderío!:
Kinkén en la portería,
Agujetas, Roque, el Tuerto,
Melenas y el Pollafría,
Condoncorcho, y el Flemones,
El Aborto, el Avería
y Juaniqui el de la Guarra...
¡Cualquiera así ganaría!

«A la Cibeles —dicen—
pa celebrarlo»
y a la Cibeles fueron de
Mojonalto,
unos en bicicleta
y otros andando.
Al grito pendenciero
e impenitente
«¡Que viva Mojón Alto
el más potente!»,
se encalomaron, necios,
sobre la fuente.

¡Vaya fandango
armaron los civiles
que los cercaron!
¡Qué algarabía
de pelotas de goma
por la Gran Vía!
«Si es cuestión de pelotas,
dijo el Alcalde,
a los mojonaltinos
no hay quien nos gane».
Y se armó Troya,
adoquines, cajeros,
¡vaya tramoya!
Volaron por los cielos
cien mil farolas.

Los mismos que gozaron
como cochinos
la victoria liguera
de los «albinos»
criticaban los actos
mojonaltinos...
¡Valiente panda
de borrachos de lujo!
¡Tan millonario polvo,
tal todo trujo!

En *Rafael Vargas, Voces del extremo en Poesía y Utopía*, 2002



Peter Max
(Detalle) 1994

una vez argentina

(fragmento)

andrés neuman

Mi infancia son recuerdos de un patio con gravilla. Gritos desaforados, mucho viento. La inminencia de un timbre. Los zapatos demasiado justos. Y algo más. Qué. Una pelota. De plástico anaranjado o de cuero gastado, casi descosida. Yo no sabía, por entonces, que a la pelota debía llamársela balón. Además, como estudiábamos francés en la escuela, semejante mote nos habría parecido una concesión afeminada. Y en la escuela, para ser respetado, uno tenía la obligación de ser muy macho, muy bestia y muy rabioso.

El fútbol me salvó de muchas cosas. De ser el púber tísico, aspirante a poeta, a quien todos los compañeros martirizan en el patio. De no poder intercambiar más de tres o cuatro gruñidos vagamente sintácticos con la mayoría de ejemplares de la especie masculina; esa especie brusca y hermética con la que rara vez conseguía encontrarme cómodo. El fútbol me salvó también del riesgo de ignorar el cuerpo, propenso como era a elucubrar de más. Me enseñó que, si uno echa a correr, es mejor hacerlo hacia adelante. Que a la belleza casi siempre le ponen zancadillas. El fútbol me enseñó que no conviene pelear solo. Y que nuestros rivales, ay, son siempre demasiado parecidos a nosotros.

Una de las cosas que más me intimidaban era esa batería de lugares comunes relacionados con la virilidad de los jugadores: ese malentendido que confunde las zonas inguinales con el talento. Siendo yo un niño e hinchta febril del Boca Ju-



Sigmar Polke S/T 1985

niors, escuchaba las críticas que, un domingo tras otro, recibía resignado mi jugador predilecto: Carlos Daniel Tapia. El Chino Tapia, un mediapunta exquisito, zurdo, pequeño de envergadura, con esa electricidad diabólica que tienen ciertos mediapuntas para pensar y decidir con naturalidad mientras están bajo amenaza. El Chino Tapia era audaz en la conducción, visionario para los espacios y, sobre todo, inesperadamente generoso en el último pase. Su técnica era rítmica, agachada. Tampoco era infrecuente que el Chino marcara algún gol de falta o en una incisiva jugada personal. Y, sin embargo, un domingo tras otro, uno debía soportar que sus mayores exclamaran: ¡Tapia, pare-

cés una bailarina! o, si por desgracia algún toque sutil no prosperaba: ¡No seas maricón, Chino, carajo!

Virilidad o furia: desde Franco a Videla, esos valores casi bélicos han servido de argumento para los dictadores. Aunque en Argentina los mundiales eran algo diferente. Un acontecimiento que tenía menos que ver con el fútbol que con otros asuntos más complejos como el pisoteado orgullo nacional, las ansias de venganza histórica o la distracción política. En Argentina, con las proezas en el césped a menudo se ha pretendido compensar las desgracias o ensordecen los disparos.

Durante el celebrado mundial de México, mi infancia recibió una lección amarga: los generosos suelen terminar en el banquillo. Al Chino Tapia, ese extraño personaje cuya carrera deportiva osciló entre los fervores populares del Boca Juniors y la apacible liga francesa, entre la pasión suburbial y un lejano refinamiento, le tocó ser suplente en todos los partidos. Salió a charlar un rato con el balón contra Corea del Sur y, si no recuerdo mal, jugó una media hora contra los ingleses. Fatalmente, por una vez Tapia decidió no cederle el protagonismo a nadie y disparó desde lejos con la zurda. El balón tropezó con el poste inglés y luego se marchó por un costado, a pocos milímetros del gol. En aquel mismo instante, según todos los médicos, el delicado Tapia se lesionó en la ingle.

QUINIELA

Rogelio López Cuenca

Real Madrid – Atléctic 1 2
Rácing de Santander – Málaga 1
Real Betis Balompié – Español 1
Valladolid – Zaragoza 1 2

Barcelona – Salamanca 1 2
Atlético de Madrid – Celta 1
Spórting de Gijón – Las Palmas 1
Cartagena – Linares 1 2

Palencia – Castellón 1 x 2
Rayo Vallecano – Coruña x
Tarragona – Erandio x 2

Lérida – Logroñés 1 x 2
Barcelona Atlético – Alavés x
San Sebastián – Baracaldo x 2



Joan Brossa *País* 1988